



LA ULTIMA AVANZADA

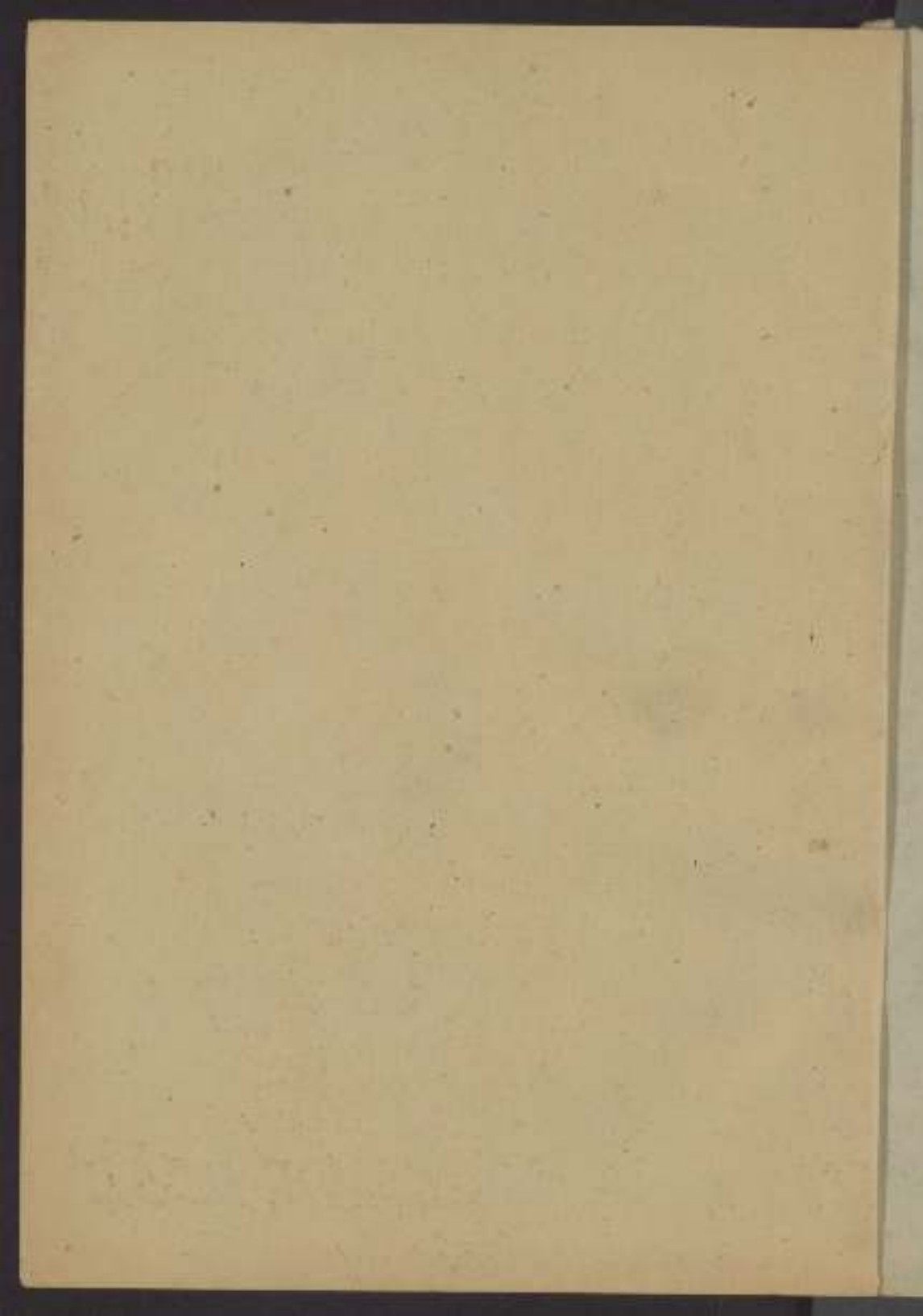


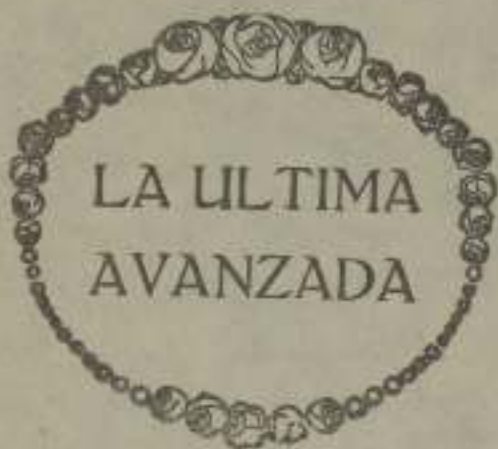
2'50
PTS.

GERTRUDE MICHAEL
GARI GRANT CLAUDE RAINS

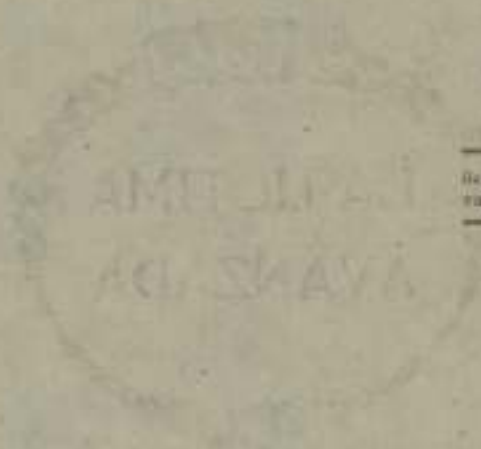
SERIE ALFA

EDICIONES: BIBLIOTECA FILMS





LA ULTIMA
AVANZADA



Deposited for deposit in
national library

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITOGRAFIA: MANUEL NIETO GALÁN


ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES.
Barcelona, 124 - Apartado Correo 701 - Telef. 70517 - Barcelona

AGENTES DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barcelona, 16, Barcelona - Cádiz, 3, Madrid

EDITORIAL
AFS

Publicación semanal

AÑO XII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA

NUM. 344

LA ÚLTIMA AVANZADA

Al hablar de la «Gran guerra», generalmente nos referimos a la titánica contienda en el frente europeo, sin parar mientes en otros conflictos armados en los más remotos rincones de la tierra. Uno de estos conflictos ocurrió en el Kurdistan, en donde el golpe iba dirigido al corazón del imperio británico, la India, y este conflicto, lleno de toda la emoción bélica y del romanticismo propio del país, es el que se relata en esta novela.

Creación de GERTLRIDE MICHAEL
Y GARY GRANT

PRODUCCIÓN:



Paseo de Gracia, 91

Teléfono 75003

BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Rosa María	GERTRUDE MICHAEL
Michael Andrews	GARY GRANT
John Stewenson	Claude Rains
Haidar	Nick Sheld
Ilya	Kathleen Burke

Dirección de

LUIS GASNIER

Adaptación de la novela de

P. BRITTEN

Narración literaria de la novela
MANUEL NIETO GALÁN

LA ÚLTIMA AVANZADA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

PRISIONERO DE LOS KURDOS

EN el corazón de la India, en los inmensos arenales que forman sus desiertos interminables, donde el sol parece tener más fuerza que en ninguna otra parte del mundo, caminaba lentamente una sección de indígenas, llevando como prisionero a un oficial inglés.

La arena del desierto parecía un inmenso espejo en el que se reflejaban los rayos solares y su resplandor se estrellaba contra el rostro de los que por ella caminaban tostando su tez y haciendo más insostenible el calor.

Los indígenas, para librarse de la fuerza de los rayos solares, se cubrían la cara con paño de fino hilo, logrando de esta forma, no sola-

mente impedir que el sol los tostase crudamente, sino también evitando que la fina arenilla del desierto se introdujese por sus vías respiratorias y casi los ahogase.

El mismo calor de la tarde y lo largo de la jornada obligaba a la caravana a ir lentamente hacia el poblado inmediato donde se hallaba el grueso de las fuerzas indígenas que se habían sublevado contra el poder de Inglaterra.

Desde hacía algunos meses, esta parte de la India se había levantado en armas contra el Imperio británico, y éste se había visto obligado a reforzar las guarniciones para someter por la fuerza a los que querían emanciparse del dominio inglés. A la cabeza de esta sección

iba un oficial, y, atado a la grupa de su caballo, caminaba fatigosamente el oficial que había sido hecho prisionero.

En el rostro del joven oficial se advertían las huellas profundas del cansancio, pero en su mirada se reflejaba una gran serenidad que denotaba su tranquilidad por la suerte que desgraciadamente le esperaba. No cabía mantener la menor esperanza acerca de su situación. Jamás se había conocido a un europeo que después de ser prisionero de los indígenas hubiese escapado con vida.

De toda la India era aquella la parte más indómita y la más cruel. Acostumbraba a someter a sus prisioneros a los martirios más crueles y no había compasión alguna para nadie. Lo mismo daba que fuera hombre o mujer, que niño o viejo. La ley cruel e inhumana de aquellos hombres no reconocía privilegios de ninguna clase y todos morían necesariamente.

El joven prisionero, sin exhalar una sola queja, con la garganta reseca por la sed y el polvo que aspiraba, seguía su lento caminar tras el caballo, sin que nadie le dirigiera una sola palabra. El oficial enemigo que lo llevaba ni una vez había vuelto la cabeza para ver el estado en que se hallaba su prisionero y, con una crueldad insospecha-

ble, le obligaba a seguir el paso de su cabalgadura.

Poco a poco, en un crepúsculo absolutamente oriental, el sol fué debilitándose y el fresco de la tarde animó un poco la fatiga del pobre prisionero.

Al cabo de algunas horas de caminar se divisó a lo lejos la silueta blanca de la población rebelde donde se hallaba el cuartel general indígena, y con aquel acercamiento de la muerte, el oficial se sintió más aliviado, pensando que su sufrimiento tendría un fin próximo.

Llegaron por fin a la población, cuyas puertas enormes se abrieron para dar paso al pequeño destacamento de indígenas, y los habitantes recibieron a estos combatientes con gritos de alegría y entusiasmo al ver que traían a un prisionero y que nada menos era un oficial.

El que mandaba la sección se adelantó al jefe de los rebeldes y, saludándole militarmente, le dijo:

—La paz de Dios sea sobre ti.

—Sobre ti sea su paz—respondió el jefe, saludándolo de igual forma.

El prisionero fué desatado del caballo que seguía y el mismo oficial que lo traía le dió un empujón, arrojándole al suelo. Luego, para obligarle a levantar, le dió un puntapié, deshaciéndole del golpe un paquete

de cigarrillos que llevaba en el bolsillo, y el oficial, al recibir aquel castigo, en vez de quejarse, intentó incorporarse. Las ligaduras con que estaba atado le impidieron cumplir su deseo y se contentó con decirle al oficial enemigo:

—Mira dónde das.

El jefe indígena se acercó a él e intentó interrogarle, diciéndole al ver sus insignias:

—¿Eres comandante?

—Sí—respondió el prisionero— Soy comandante del ejército inglés.

—¿Dónde está tu base? Necesito que me digas dónde está tu base.

El oficial se mantuvo en silencio, sin darle la información que solicitaba, y nuevamente el jefe le preguntó:

—¿Cuántos hombres hay?

Nuevamente guardó silencio el oficial, y el jefe indígena, indignado ante el silencio de su prisionero, se acercó a él y le dijo, amenazador:

—¿No quieres responder? Bien. Pues piénsalo hoy que estás vivo. Mañana, quizá, morirás.

Hizo una seña a varios soldados que se hallaban allí y entre todos cogieron a empujones al oficial y lo llevaron hacia un miserable calabozo situado en una plazuela en medio de la misma población. Nada más horrible y nauseabundo que

aquella prisión. Más que para contener seres humanos, parecía hecha para pocilga, y por estar a varios metros más baja que el resto del pavimento, el calor era materialmente insufrible. Los que conducían al prisionero, sin darle tiempo para que bajase los escalones de la prisión, lo arrojaron violentamente adentro, haciéndole rodar los cuatro o cinco escalones que había.

Cuando el oficial sintió que la puerta se cerraba tras él, recorrió con la vista aquella prisión y su sorpresa fué grande al divisar en el interior de ella a otro prisionero a quien sin duda le esperaba la misma suerte que a él.

Su compañero de celda, cuando vió que el oficial podía darse cuenta de sus palabras, le sonrió amistosamente, y, demostrándole que no perdía el buen humor por nada, le dijo:

—Es suerte caer escaleras abajo. Eso quiere decir que te casarás antes de un año.

El oficial, sin dejar de pensar en otra cosa que no fuera en lo triste de su suerte, al oír la broma de su compañero se encaró con él y le preguntó casi airadamente:

—¿Quién eres?

—Mirrow—respondió el otro— Soy oficial ruso. Perdona que no te

ayude a levantar, pero no puedo moverme.

En efecto, se hallaba fuertemente atado a la pared y Mirrow se veía en la imposibilidad de dar más de dos pasos del sitio donde se hallaba.

—¿Qué noticias tienes de la guerra?—le volvió a preguntar el oficial ruso.—Ya veo que tú también eres oficial.

—Sí, soy el comandante Michael Andrews y he caído prisionero en poder de estos cafres. Toda mi patrulla fué hecha prisionera por los irregulares kurdos.

—Pues ya ha sido suerte el que tú escapases con vida—le dijo Mirrow.

—Se lo debo al oficial kurdo. Dijo que quería ahorrar una bala y prefirió arrastrarme cinco millas.

Mirrow se quedó fijo unos segundos en el oficial y, queriéndole dar algunos informes, le dijo:

—En malas manos hemos caído. La gente de esta tribu es feroz. No tienen compasión con nadie. Yo hace que estoy aquí una semana y espero que el día próximo me maten.

Andrews, ante la serenidad con que el oficial ruso hablaba de su muerte, no pudo menos que sentir un escalofrío por todo su cuerpo. Verdaderamente lo que decía el compañero de celda era verdad: de

aquella gente no se podía esperar otra cosa.

Aquel escalofrío que había sentido al hablar con tanta serenidad de la muerte, no era que produjese al oficial miedo alguno. Andrews había demostrado muchas veces no temer al peligro y saber exponer su vida cuando era preciso, mas el hecho de tener que morir tan necesariamente, sin provecho alguno para su patria, le sublevaba y dominaba su ánimo de por sí confiado.

Su carácter jovial había desaparecido en aquellos instantes y cerrando los ojos, como si no quisiera ver nada de cuanto le rodeaba, se transportó imaginativamente a Londres, donde se hallaba su familia y donde estaban todas sus amistades. Recordó las muchachas que había conocido, sus amores frívolos con varias de ellas y la falta de un recuerdo amoroso demasiado fuerte. Él se había reído siempre del amor y había sido un hombre que admiraba al sexo contrario únicamente por su belleza, pero sin profundizar nunca sus sentimientos.

Enamoradizo de por sí, cuando veía a una mujer se creía estar enamorado de ella y se dejaba llevar por los impulsos de lo que él creía una pasión, hasta que a los pocos días se daba cuenta de su error.

Entre sus compañeros gozaba de

popularidad por su carácter siempre alegre y dispuesto a enfrentarse siempre serenamente ante los problemas más difíciles, sin que se le viera vacilar.

Había demostrado, además, en muchas ocasiones, ser un oficial digno del uniforme que llevaba y un perfecto militar, disciplinado y valiente, que nunca retrocedió ante el peligro.

Sin embargo, en esta ocasión sintió un gran desaliento viendo su muerte tan próxima y no precisamente por morir, sino, como decimos, por lo inútil que era su sacrificio.

Las sombras de la noche fueron desdibujando el contorno de la cel-

da en que se hallaba y su compañero le preguntó:

—¿Estás cansado?

—Un poco—respondió el fatigado Andrews.

—Lo comprendo, después de caminar cinco millas por esos arenales. A mí me pasó lo mismo. Lo mejor es dormir y descansar, si es que puedes hacerlo aquí. Yo ya estoy acostumbrado.

—Procuraré seguir tu consejo—respondió Andrews, que tampoco tenía muchas ganas de entablar conversación.

Terminó de certarse la noche y un silencio absoluto envolvió toda la ciudad.

LA EVASION

La crueldad de aquella tribu era mucho mayor que cuanto se había podido imaginar Andrews, a pesar de lo que le había dicho su compañero de cautiverio. Tenían nombre los kurdos de ser los indígenas más feroces de toda la India, y en verdad que la fama la tenían bien merecida. Y si alguna duda le podía caber al bravo oficial inglés al día siguiente de su prisión quedó disipada.

Los kurdos habían invitado a varios poblados amigos de Inglaterra a que se sublevaran con ellos, pero muchos de estos poblados, atentos a los compromisos que habían adquirido con la nación protectora y ami-

ga, se habían negado a secundar los planes de los revoltosos y se habían puesto definitivamente de lado de Inglaterra. Para con estos poblados los kurdos no tenían miramiento alguno. Hacían, cuando podían, incursiones en sus territorios, les robaban sus ganados y después de destruir sus hogares llevábanse a sus habitantes.

El mismo día en que había sido encarcelado Andrews, los kurdos habían devastado uno de aquellos poblados amigos de Inglaterra. Había sido un golpe de mano que los había cogido indefensos y una vez que los vencieron los hicieron prisioneros y se los llevaron adonde estaba el cuartel general.

Hasta la celda donde estaba Andrews llegaron los gritos de las infelices víctimas a las cuales se las hacía andar a latigazos como si fueran verdaderas bestias. Hombres y mujeres, niños y ancianos, eran tratados de la misma forma, y ni uno sólo de aquellos salvajes sentía la menor piedad por los infelices que tan bárbaramente trataban. El número de prisioneros era casi de doscientos entre todos los sexos y edades.

Ante los gritos que daban, Andrews no pudo menos que preguntar a su compañero:

—¿Qué sucede para que griten así?

—Son algunos infelices que habrán caído en poder de estas fieras —le dijo el ruso.

Y mirando por la ventana que había en la prisión guarnecida de gruesos barrotes, vió a los que llegaban a la plaza, y siguió diciendo:

—Son los pobladores de algunas tribus de aquí que pagarán con su vida dentro de poco el no haber obedecido las órdenes.

En efecto, los prisioneros fueron llevados hasta la misma plaza donde estaba la cárcel y colocados contra un muro. Andrews quiso mirar por allí, pero el ruso se lo impidió, diciéndole:

—No mires. Es mejor. Te horrorizaría esa matanza. Al olor de la sangre, estas tribus son terribles.

—Pero, ¿qué es lo que han hecho esos desgraciados? —preguntó Andrews.

—Esas tribus creían que la guerra acabaría con sus sufrimientos, y eso da a los kurdos un pretexto para exterminarlos por ser amigos de Inglaterra.

Seguía fuera el griterío y los lamentos de los prisioneros, cuando entraron varios individuos y cogieron al ruso, obligándole a salir afuera. Este, antes de hacerlo, aun tuvo tiempo para volverse a Andrews y decirle:

—Encantado de conocerte... Si el calor se hace insuportable, encontrarás aquella esquina mucho más fresca.

—Venga, pronto—le ordenaron, a la vez que le empujaban violentamente.

Salió el ruso y apenas habían transcurrido diez minutos, cuando un fuego de ametralladora se oyó en la misma plaza. Andrews, sin poder resistir la tentación, se asomó a la ventana e inmediatamente se apartó horrorizado. Aquellas gentes, sin el menor asomo de humanidad, estaban fusilando con ametralladoras a sus prisioneros, sin tener en

cuenta a las indefensas mujeres e infelices criaturitas que había. Jamás hubiera podido pensar Andrews que la barbarie de aquellos indígenas llegase hasta aquel extremo, y después de haberlo visto, no le cupo duda ya de la suerte que le esperaba. Lo único que le desconcertaba era el pensar cómo a él no le habían fusilado en unión de Mirrow.

La visión de aquellos horribles fusilamientos lo tuvo sumido durante todo el día en una terrible pesadilla, hasta que llegó la noche y vio que se abría la puerta de su prisión. Vio entrar al oficial que lo había traído prisionero el día anterior y pensó que éste se había guardado el placer de fusilarlo él mismo.

El oficial, seguido de un indígena, entró hasta donde estaba el prisionero, y le dijo despóticamente: —Sígama.

Andrews comprendió que era inútil toda resistencia. ¿Qué podía hacer él en la situación en que se hallaba? Lo único que conseguiría con una negativa a la orden que le daban sería que fueran mayores los martirios a que lo sometiesen. Pensando en ello siguió al oficial que, sin decirle palabra, lo sacó hasta el campo. Una vez allí, llamó al indígena que lo seguía, y le dijo:

—Prepárate para matar a este hombre.

El indígena se preparó a tirar sobre el comandante, mientras que tenía al oficial tras él. Antes de que pudiera echarse el fustil a la cara, el oficial descargó sobre la cabeza del indígena tan tremendo golpe con el puño de su látigo, que el kurdo rodó por tierra mortalmente herido. A seguido sacó un cuchillo y, cortando las ligaduras de las manos de Andrews, le dijo:

—¡Pronto! ¡Sígama sin hacer ruido!

Andrews, cada vez más sorprendido por la conducta de aquel oficial, le siguió sin decir palabra hasta un pequeño bosquecillo donde había una pareja de caballos atados y ensillados convenientemente.

—¡Vamos!—le volvió a decir el oficial.

Andrews estuvo a punto de interrogarle, de pedirle una explicación, pero ante el gesto autoritario del otro se contentó con seguirlo a campo traviesa, sin pronunciar palabra.

Durante toda la noche estuvieron caminando por aquellos montes, hasta que, llegada la mañana, llegaron a un arroyuelo. Los dos descendieron al suelo con el fin de poder beber. Una vez que lo hubieron hecho, Andrews se atrevió a decirle:

—Gracias por los puntapiés.

El otro, sin perder la seriedad que

parecía que era su característica y sin hacer caso de la sonrisa confiada de Andrews, le respondió a forma de excusa:

—Los kurdos no conciben otro trato para sus prisioneros.

—Pues son gentes muy mal educadas — dijo bromeando Andrews.

El oficial indígena, sin hacer caso de la broma de su compañero, continuó diciendo:

—Ha tenido suerte que pudiese sacarle de las manos de esos irregulares.

Andrews no pudo menos que estrechar la mano de su acompañante y preguntarle:

—Pero, ¿quién es usted?

—Servicio Secreto Inglés — respondió el otro secamente.

Aquella respuesta le dio todas las explicaciones que pudiera él pedir, y para tener siempre presente el nombre de la persona que le había salvado la vida, le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—No importa el nombre — le dijo el compañero —. Llámeme usted Smith.

—Pues bien Smith. Tengo mucho que agradecerle. Si no es por usted...

El agente del servicio secreto le detuvo diciéndole:

—Espere antes de darme las gra-

cias. Ahora empiezan sus dificultades.

—¿Cree usted que todavía corremos peligro?

—Estoy seguro de ello. No obstante, si nos dirigimos al sur, quizá hallemos algún destacamento de los nuestros.

—Podemos dirigirnos a mi base de carros. Siempre será mejor y más cerca.

Smith movió negativamente la cabeza y le respondió:

—Su base de carros artillados fué aniquilada hace tres días. No nos detengamos más. Hay mucho que andar todavía.

Volvieron a ponerse nuevamente en marcha y mientras se dirigían por el camino que Smith había elegido, éste siguió diciéndole:

—¿Vió lo que les pasó a aquellos prisioneros?

—Aquello fué horrible — respondió Andrews recordando la dramática escena que había presenciado.

—Pues lo mismo pasará a los bal-karis... Es una tribu de diez mil amigos nuestros.

—¿Cree usted que se atreverán?

—Estoy seguro. He oído dar la orden y hay que salvarlo. Esas tribus los aniquilarán y después atacarán nuestro flanco de Mesopotamia.

—¿Y qué piensa hacer para salvarlos?—preguntó Andrews.

—Movilizarlos con sus ganados. Andrews se le quedó mirando. ¿Cómo era posible que aquel hombre pensase llevar a cabo tan magna empresa? Era casi imposible mover en unas horas tan crecido número de seres y además transportar todo el ganado. Ante aquella duda, le dijo:

—¿Usted cree que es posible eso?
—S—respondió con firmeza—
Conozco a sus jefes y me tienen confianza. Apresurémonos.

Se lanzaron a todo el galope de sus caballos y después de tres horas de atravesar montes y llanos llegaron al poblado de los balkans.

A su presencia corrieron varios indígenas a recibirlos y Smith se dirigió directamente a una de las tiendas de campaña, mientras que Andrews se quedaba descansando junto a otra.

Entró Smith a conferenciar con el jefe de la tribu y mientras estaba con él, Andrews se fijó en una preciosa muchacha indígena que se hallaba ordeñando una gacela. Le servía de recipiente un cuerno artísticamente labrado, y la joven, al verlo, bajó los ojos con cierto rubor, no sin dirigirle al mismo tiempo una suave sonrisa. Aquello animó al comandante, que le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

La muchacha se le acercó ofreciéndole la leche que llevaba en el cuerno, al mismo tiempo que le decía:

—Ilya.

Andrews tomó el cuerno que le daba, y levantándolo en alto y olvidando todos sus pasados sufrimientos, exclamó:

—Brindo por esos hermosos ojos, Ilya. La última vez que brindé fue en París y no con leche, precisamente. A mi amiga le pasaba lo mismo, no entendía el inglés.

En aquel instante se le acercó Smith y le dijo, sin darle tiempo a que se bebiese la leche:

—Vamos a ver a ese oficial inglés que está como representante político aquí.

—Como usted quiera —aceptó Andrews, aun cuando no le era muy satisfactorio el abandonar la compañía de la joven, que seguía mirándole y sonriéndole encantadoramente. Al advertir que Smith también la miraba, le hizo una picaresca seña y le dijo:

—¿Bonita, eh?

Smith mantuvo su aire de seriedad de siempre. Parecía que aquel hombre no había aprendido a reír nunca, o por lo menos que lo había olvidado, y le respondió:

—Es la esposa de mi amigo Haidar.

En aquéllas palabras Smith quería decirle que la muchacha debía ser sagrada para él. Indudablemente que el agente del servicio secreto tenía un concepto de la amistad tan estrecho, que le obligaba a no ver en aquella encantadora indígena más que a la esposa de su amigo.

Andrews pareció comprenderlo así y se abstuvo de hacer ninguna objeción más respecto a la muchacha. Le siguió hasta una tienda que había al otro lado del poblado, bastante aislada del resto de las demás y allí salió a recibirles el oficial inglés a quien se había referido Smith.

Este era conocido del oficial, por lo que no tuvo que hacer presentación alguna, pero Andrews, creyéndose en el caso de presentarse, ya que no lo hacía Smith, le dijo:

—Soy Andrews, de la brigada de camiones blindados.

—Y yo soy Cullen, oficial político... ¿Cómo es que están ustedes aquí?

—Yo no traigo ninguna misión—respondió Andrews—. Mi amigo Smith, del Servicio Secreto, le dirá a qué hemos venido.

El oficial político se volvió hacia Smith, como si quisiera interrogarle, y antes que lo hiciera, éste comenzó diciéndole:

—Necesito su ayuda.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó el oficial.

—El asunto es muy grave—continuó diciéndole Smith—. Tendremos que hacer un verdadero esfuerzo.

Cullen seguía mirando sin comprender lo que quería decirle, y ante su silencio, Smith continuó:

—Dos divisiones de kurdos se disponen a aniquilar a los balkanis.

—¿Está usted seguro?—preguntó nerviosamente Cullen—. A veces las apariencias...

—No son apariencias—le interrumpió el agente del Servicio Secreto—. Estoy seguro de lo que digo.

—¿Y qué debemos hacer?... Será necesario pedir refuerzos.

—No llegarán a tiempo. No hay que pensar en los refuerzos ni un solo momento.

—¿Entonces...?

—Hay que impedir el ataque.

—No veo la manera de impedirlo. Si ellos son los que atacan, nosotros no podemos hacer otra cosa que resistir.

—Será inútil toda resistencia. Es preciso huir inmediatamente—terminó diciendo el agente del Servicio Secreto—. Usted puede dar la orden.

—Yo necesito ese permiso, o me-

por dicho, esa orden, por escrito, del Departamento político. Sin ella no puedo ordenar esta evacuación del poblado.

—No es necesario. No hay tiempo para pedir nada. Lo único que hace falta es obrar y obrar con rapidez. Si nos esperamos a que nos envíen el permiso por escrito, los kurdos nos atacarán en los llanos y eso sería mucho peor.

—¿Intenta usted pasar el río?

—Naturalmente—respondió con aplomo Smith.

El oficial político lo miró como si creyera que aquel hombre estuviera loco y le respondió:

—Pero, cómo quiere usted que crucen el río, con lo creído que está? ¡Eso es una locura!

—Locura o no locura, tenemos que hacerlo.

Ante la insistencia del agente secreto, el oficial no opuso ya la misma tenaz resistencia que al principio, y sólo se atrevió a objetar:

—Yo no me veo con fuerzas para convencerlos. Si usted cree que lo logrará...

—Lo intentaré, y estoy seguro de que Haidar seguirá mi consejo.

Y, en efecto, horas después la seguridad del agente secreto se hallaba confirmada. Los indígenas habían levantado el poblado, se ha-

bían apoderado de sus rebaños y con el ajuar necesario, emprendieron la marcha, hombres, mujeres y niños. Parecía mentira que en tan corto espacio hubiérase podido deshacer aquel inmenso poblado y que sus habitantes siguiesen tan ciegamente las instrucciones de Smith. No cabía duda de que Haidar estaba seguro de la amistad de Smith y de que la orden dada por éste se había cumplido en todos sus detalles.

Caminaban el oficial político y Andrews entre los indígenas, mientras que Smith seguía inspeccionando la marcha de la caravana. Andrews, en quien cada vez producía más admiración la fuerte energía de Smith, se dirigió al oficial y señalando a todos los indígenas, le dijo:

—¿No decía usted que no se irían?

Cullen se encogió de hombros, sin querer contestar categóricamente a lo que le preguntaba Andrews y se limitó a decir:

—No entiendo cómo lo ha podido conseguir.

Andrews miró, sonriendo a Smith que parecía ajeno a la conversación de los dos, y exclamó:

—El hombre vale... No hay que negarlo.

—Pero morirán muchos de estos infelices—replicó Cullen.

Smith se volvió a él, como si hasta entonces no le hubiera escuchado, y le respondió secamente:

—De la otra manera morirían todos... Más vale que se salven algunos.

A la caída de la tarde llegaron a las márgenes de un caudaloso río. Era preciso atravesarlo para empezar a subir las altas montañas que ante ellos se alzaban, y la hazaña no resultaba nada fácil. Como había dicho Cullen, las aguas del río traían una extraordinaria impetuosidad y el solo hecho de intentar atravesarlas era una exposición enorme.

Poco a poco fueron llegando todos los indígenas y Smith ordenó la construcción de balsas, valiéndose de los troncos de los árboles que podrían cortar allí. En aquellas balsas cruzarían las mujeres, niños y ancianos, mientras que los hombres fuertes y el ganado tendrían que hacerlo a nado.

Cullen miraba todos los preparativos y no podía por la contracción de los músculos de su rostro, ocultar la contrariedad de que Smith llegara a realizar lo que se proponía. Indudablemente aquel hombre era el mismo demonio y, como demonio, hacía cosas imposibles.

Al fin quedaron las balsas cons-

truidas y las mujeres se apresuraron a entrar en ellas.

Andrews, que había bajado de su caballo, se acercó a Ilya y la cogió en brazos para llevarla a una de las balsas. Sentía la satisfacción de poder tener en sus brazos aquel cuerpo tan armonioso y la muchacha le sonreía cariñosamente, hasta que de pronto se acercó a ellos Smith y le dijo con acritud a Andrews:

—Déjela a ella y ayude a echar el ganado al río.

Andrews dejó su preciosa carga sobre la balsa y se despidió de ella diciéndole en tono de broma:

—Si necesita algo llame al camarero.

El paso de aquel río era mucho más difícil de lo que parecía a primera vista. El ganado se resistía a vadearlo, por el propio instinto de conservación de las bestias.

Hubo que hacer esfuerzos titánicos para entrarlo y más aún para salvarlos de perecer ahogados. Por fin, y al cabo de más de tres horas de lucha con la fuerte corriente y dejando en el río a no poca parte del ganado, se consiguió vadearlo. Antes de emprender la marcha se fueron reuniendo en la margen opuesta, hasta que una vez pasados todos los que componían aquella inmensa caravana, Smith exclamó:

—Tengo prisa y hay que avanzar en seguida.

Andrews había perdido de vista a Ilya. Sin duda alguna Smith había procurado colocarla en algún lugar de la caravana lejos de su vista, y no hacía más que recorrer de un lado a otro para ver si la podía distinguir. Todos sus esfuerzos fueron vanos y terminó dándose por vencido. Volvió de nuevo adonde estaba Smith con Cullen y oyó a aquél que le decía:

—Dé la voz de marcha.

Cullen miró hacia las ingentes montañas que se alzaban ante ellos y dudó de que por allí pudiera subir ningún ser humano. Pensando en la dificultad que suponía escalar aquellas montañas le respondió:

—No subirán nunca.

—Subirán, porque saben qué de no hacerlo morirán a manos de los kurdos.

El mismo día ordenó de marcha, y los balkaris se pusieron a escalar las montañas. Los estrechos caminos que conducían a la cúspide de los montes apenas si dejaban lugar para que por ellos transitase una caballería. Los mismos hombres tenían que ayudar a las bestias para impedir que éstas se despeñasen por los precipicios que a uno y otro lado del monte había, y la marcha se hacía

con una lentitud desesperante para Smith, que a toda costa quería pasar aquellos lugares antes de la noche.

Mas a pesar de sus voces y de sus órdenes para que caminasen de prisa, los indígenas no podían materialmente obedecerlos.

Andrews, que veía las dificultades con que tropezaban, no pudo menos que acercarse a Smith para decirle:

—Me parece que se ha metido usted en una empresa demasiado difícil.

Smith, con la misma seriedad de siempre, sin dar a sus palabras ningún sentido de duda ni de confianza, le respondió:

—Hay otras empresas más difíciles y las he realizado. ¿Por qué no se va a realizar esta?

Andrews se acordó de que era un agente del Servicio Secreto, y pensó que para aquellos hombres acostumbrados siempre a correr los más serios peligros no había nada que pareciese imposible. Sabía de la serenidad y sangre fría de esta clase de seres y comprendía la naturalidad con que decía que aquellas montañas serían pasadas por ellos. Y si alguna duda podía caberle, no tenía más que pensar en el paso del río, de aquellas corrientes en las que él

mismo creyó que se ahogarian casi todos los que formaban la caravana.

Cullen, sin oponer gran resistencia a las órdenes de Smith, caminaba sin pronunciar palabra, aun cuando en los escasos monosílabos que decía, se advertía claramente la contrariedad que experimentaba por aquel viaje. Todo su afán era el conseguir la confianza de Andrews, dándole a entender que lo que se proponía Smith era una verdadera locura.

Pero locura o no, lo cierto era que la montaña se iba escalando lentamente y que hasta entonces se habían vencido todas las dificultades.

Delante de todos iba el criado de Cullen dirigiendo la marcha de los que huían del ataque de los kurdos. Hasta aquel entonces el indigena se había mostrado dócil a las órdenes de Smith y había marchado en cabeza sin pronunciar una sola palabra. Mas de pronto, al llegar a un recodo del camino, donde el paso era más peligroso, puesto que se veía un precipicio infinito, el guía se paró de pronto y comenzó a gritar como si estuviera poseído de una gran locura. Todos los que le seguían se detuvieron y el criado de Cullen les dijo:

—¡No seguir!... ¡No seguir!

Smith se tiró del caballo y corrió

adonde estaba el guía preguntándole:

—¿Qué ocurre?

—¡No poder seguir!... ¡Estar la muerte abajo!—gritó de nuevo el guía, produciendo en los indígenas un verdadero espanto.

Smith comprendía lo que aquello significaba. Los balkaris, como todos los indígenas, eran gente supersticiosa, y bastaban aquellos gritos para producir en ellos un terror tal que podía traducirse en una huida loca y dar lugar a que por aquellos montes se despeñaran casi todos los que iban. Comprendió que había que afrontar enérgicamente la situación y, encarándose con el guía, le ordenó:

—¡Siga adelante!

—¡No seguir! — respondió el guía—. ¡Estar la muerte!... ¡No seguir yo!...

Smith no se detuvo en contemplaciones y de un terrible puñetazo arrojó al indigena por el precipicio. Cullen, al ver lo que había hecho Smith, se adelantó hacia él y le dijo enérgicamente:

—¿Qué ha hecho usted? ¡Era mi criado!

En el colmo de la desesperación, Cullen había sacado la pistola y apuntaba a Smith que, con toda tranquilidad, le respondió:

—Si dispara, Haidar le hará tri-
zas.

Andrews, al ver la actitud de los
dos hombres, intervino reconcilia-
dor y le dijo a Cullen:

—Cierto. Todos estos hombres

están con Haidar y le costaría caro,
Cullen. Guárdese la pistola.

El oficial político terminó por ha-
cer lo que le decía Andrews y nue-
vamente se reanudó la marcha sin
que hubiera ningún incidente.

UN ESPIA

APESAR de lo que Smith había hecho por él, Andrews empezaba a sentir cierta desconfianza hacia aquel hombre. No sabía de él más que era un agente secreto, y esto únicamente por lo que él le había dicho. Su acción con el guía había llegado a desconcertarlo todavía más y hasta llegó a pensar si no habría hecho mal al impedir que Cullen disparase sobre él. En su interior se libraba una verdadera lucha. ¿Sería leal aquel hombre o se trataría de un espía a sueldo de los kurdos para hacer que el ejército cayera más fácilmente en alguna emboscada? Verdaderamente se decía a sí mismo Andrews, la conducta de aquel hombre era en todo enigmática. Su parquedad en ha-

blar, su decisión para evitar toda discusión molesta y sobre todo la influencia que él había visto que ejercía sobre los kurdos. Se acordó del día en que había sido hecho prisionero y cómo por arte de magia aquel hombre se presentó ante él cuando lo iban a fusilar y evitó que lo ejecutaran, obligándolo a ir amarrado a la cola de su caballo. Por muy espía que fuese, no comprendía cómo podía haber cometido aquel acto de crueldad, y hasta después, cuando estaba en el suelo, la forma tan despiadada de darle un puntapié. Todo cuanto se desenvolvía alrededor de Smith era tan nebuloso que Andrews pensó en no perderlo de vista ni un solo instante para estar prevenido contra cualquier eventualidad que pudiese suceder.

Seguía la marcha con idénticas dificultades que al principio y Cullen, que marchaba al lado de Andrews, le dijo:

—Va a destrozar a toda esta gente.

Andrews, por decir algo, repuso:

—No olvida usted que trata de impedir un ataque contra nuestro flanco de Mesopotamia.

—O de facilitarlo — repuso Cullen.

Andrews se le quedó mirando fijamente. Indudablemente que su compañero empezaba a tener del agente secreto las mismas sospechas que él, por lo que le preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Yo, nada; pero debo recordarle una cosa. Todo lo que tenemos es su palabra.

Ninguno de los dos hombres se atrevió a decir nada más. Indudablemente aquella duda atenazaba sus pensamientos y Andrews estaba dispuesto a evitar cualquier sorpresa. Pensaba que el oficial político tenía razón. Después de todo, el agente secreto no les había mostrado ningún documento que pudiera identificar su personalidad, si bien no se lo habían pedido tampoco. Les había bastado la palabra de éste y su amistad con los balkars para seguirlo ciegamente, como si se trata-

ra de la persona de mayor confianza.

Llegaron por fin a la parte alta del monte. La noche se había extendido por completo y los indógenas formaron pequeñas hogueras en las que se calentaban. La luna brillaba en todo su esplendor y podían distinguirse los objetos a muchos metros de distancia.

Smith parecía un hombre incansable. Mientras que casi todos dormían, él permanecía despierto, recorriendo el pequeño campamento, como si su misión fuera la de vigilar por la seguridad de todo el mundo.

De pronto le pareció que un bulito procuraba escurrirse por unas hendiduras del terreno y le siguió sigilosamente. Advirtió que era el oficial político al que se deslizaba de aquella forma y sonrió siniestramente. Procurando hacer el menor ruido posible le siguió los pasos, sin darse cuenta de que Andrews, que no había visto al oficial político, le seguía también.

Smith quedó detenido a alguna distancia del oficial político y vio que éste montaba un pequeño heliógrafo y que hacía señas con él. Sin pensarlo un momento, sacó su cuchillo, el mismo con que había roto las ligaduras de Andrews y como un felino saltó sobre el oficial,

hundiéndole el arma en el pecho. Cullen lanzó un ronco gemido y cayó a tierra mortalmente.

Andrews, al ver lo que había hecho el agente secreto, ya no dudó de su calidad de traidor y saltó sobre él, derribándolo a tierra. Smith intentó incorporarse y, al ver quien era, le gritó:

—¡Loco!... ¡Más que loco!

Andrews no por eso dejó su presa. Tenía la seguridad de haber apresado un espía y estaba dispuesto a vengar la muerte de su compañero.

Smith, aprovechando un momento en que pudo hablar, le gritó de nuevo:

—No sea loco... ¿No ve que se trata de un espía?

Ante aquellas palabras Andrews aflojó el abrazo en que tenía sujeto a Smith, pero sin soltarlo del todo hasta que le diera una explicación satisfactoria. Smith señaló para el heliógrafo que estaba utilizando Cullen y continuó diciéndole:

—Estaba comunicando con los kurdos por medio de ese heliógrafo... Miro lo que lleva anotado en su libreta...

Andrews recogió la libreta que Cullen había abandonado en el suelo y leyó en ella dos inscripciones que no le dejó duda alguna acerca

de la lealtad de Smith. En la primera de ellas decía:

«Balkaris advertidos cruzan río setenta millas surroeste de ese puesto. Avancen inmediatamente».

La segunda decía así:

«Balkaris escalan escarpado cuatro grados norte Alba. Avancen inmediatamente».

Andrews, ante el ridículo que había hecho, quedó un momento en silencio, que Smith aprovechó para decirle:

—Este hombre no tiene derecho a usar un uniforme como el mío.

Andrews le ofreció su mano al mismo tiempo que le rogaba:

—Comprendo que he sido un tonto al fiarme de las palabras de este hombre. No sé qué hacer para hacerme perdonar de usted.

Smith le estrechó la mano fuertemente, diciéndole:

—Tal vez yo en su lugar hubiera hecho lo mismo. No tengo nada que perdonarle. Somos amigos.

Advertiase en las palabras del agente secreto todo el valor que él daba a la palabra amistad y Andrews incluso se sintió conmovido de poder tener un amigo de la lealtad de Smith.

Entonces fué cuando se dio cuenta del dolor que sentía en una pierna. Hasta entonces y en el fragor de la lucha no había hecho caso de que

al saltar sobre Smith se había torcido un pie, pero ahora es cuando veía claramente que no era una simple torcedura, sino que se había roto el tobillo. Ante la fuerza del dolor se arrojó al suelo y le dijo a Smith:

—No puedo andar. Creo que me he roto un hueso de la pierna.

—Yo le llevaré hasta el campamento—le dijo Smith, cargando con él y llevándolo hasta donde estaban los demás.

Al día siguiente, muy de mañana, la caravana se puso otra vez en marcha. Andrews no había vuelto a ver a Ilya y era difícil que pudiera verla en la situación en que él se hallaba. Le habían arreglado una especie de litera de juncos y era transportado por varios indígenas. La ascensión todavía no había acabado del todo y los relevos eran muy breves con el fin de no cansarse demasiado.

Smith se acercó al herido y éste, en cuanto le vio le preguntó al darse cuenta de la nueva barrera de montañas que se alzaba ante ellos:

—¿Piensa cruzar aquella barrera?

—Tenemos que probarlo—le dijo Smith marchando nuevamente a la cabeza de la expedición.

Tres horas después, aquella barrera que parecía infranqueable quedó tras ellos y una magnífica lla-

nura se extendió ante los que caminaban. Andrews, cada vez estaba más admirado de la energía de aquel hombre para quien parecía que la palabra imposible no existía y en cuanto lo tuvo a su lado le dijo:

—No puedo menos que felicitarle. Nadie más que usted lo habría hecho.

Smith se encogió de hombros, sin dar importancia a lo realizado y respondió:

—Lo lograron ellos.

—Pues con lo que ha llevado usted a cabo creo que podría pedir permiso. Me gustaría verle en los periódicos.

—Gracias, pero no puedo seguir aquí. Tengo que hacer.

Saló de la tienda que habían levantado para colocar a Andrews, y éste quedó tendido en el lecho que le habían improvisado.

La noche se había extendido por completo y Andrews se quedó profundamente dormido. Por esta razón no se dio cuenta de que alguien entraba cautelosamente hasta llegar a su mismo lecho. Suavemente se acercó a él y le besó a نورسamente. Abrió los ojos ante el contacto de aquellos labios y vio que junto a su cabecera se hallaba Ilya.

Antes de que pudiera decirle nada apareció Smith, que se dirigió a la joven en árabe y ella salió inme-

diatamente de la tienda. Smith la siguió con la vista hasta que se hubo marchado, y al volverse hacia el herido éste le preguntó sonriendo picarescamente:

—¿Le gusta?

—No—respondió secamente—. Es la mujer de otro y a mí no me gustan las mujeres ajenas.

—¡Pero hombre!—exclamó Andrews—. ¿Por qué toma la vida tan en serio?

Smith ni siquiera se tomó la molestia de contestarle a aquella pregunta y le dijo:

—Mi misión va terminando ya. Usted irá a una estación del cuerpo médico, donde le atenderán debidamente.

—¿Y cuál será esa estación?

—El Cairo.

—Me gusta — exclamó Andrews—. Por lo menos es un país lleno de romanticismo.

—Mientras que llega al puesto

de Sanidad, debe lavarse la pierna cinco veces al día. Yo ya no puedo acompañarle más. Yo regreso nuevamente.

—¿Que regresa usted?—preguntó extrañado Andrews.

—Sí—replicó—. Aun no he terminado. Le voy a hacer una recomendación. Haidar es mi amigo y le ruego que deje en paz a su mujer.

Andrews sonrió amistosamente y le dijo:

—Ya es bastante pedir, pero, en fin, si usted se empeña, le prometo seguir su consejo. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—¡Quién sabe!... Tal vez en la próxima guerra. Adiós.

Salió de la tienda, y a la mañana siguiente aun pudo ver Andrews, cuando lo sacaron para conducirlo al puesto sanitario, a Smith que montaba a caballo y después de dar nuevas instrucciones a Haidar se dirigía hacia el camino que ellos habían traído.

EN EL CAIRO

NOCHES cálidas y serenas, plenas de un dulce romanticismo, llenas de un encanto misterioso que incita al alma a soñar e induce al corazón a amar. Esas son las noches de El Cairo. Quien vive una de esas noches en calma, bajo el dosel luminoso y lleno de plata de su luna, es quien puede comprender toda la magnitud del amor.

El ambiente parece impregnado de un perfume fuerte, excitante, como el de un narcótico exótico que produce un embelesamiento de todos los sentidos. Los seres se alejan de las tragedias mundiales, olvidan la prosa de la vida y los pensamientos se remontan a lejnos países de ensueños, de quimeras ro-

sadas que vaivlean el alma con la laxitud de la voluntad perdida.

Sin embargo, Andrews no había podido vivir todavía ninguna de estas noches. Se hallaba recluido en el hospital adonde había sido llevado y sin poderse mover de la cama no había podido disfrutar todavía de aquellas noches tan llenas de romanticismo y encantos. Su estancia era la prosaica de un hospital. Era la misma que podía haber tenido en Londres, en París o en cualquier otra capital europea. No se diferenciaba en nada. Las camas, simétricamente alineadas, las visitas de los doctores, la solicitud de la enfermera... Todo era exactamente igual...

Mas así y todo, a pesar de esta

monótona igualdad, Andrews había encontrado en aquel hospital algo diferente a lo que había visto en parte alguna. Y este algo tan diferente había sido el rostro angelical, lleno de dulzura y de belleza, de su enfermera Rosa María. Era imposible asistir a un enfermo con mayor solicitud que ella lo hacía, ni expresar más cariño que el que Rosa María le expresaba. A fuerza de estar al lado de esta mujer de encantos supremos, Andrews fué acostumbrándose a su compañía de tal forma que no sabía estar sin ella.

Esperaba ansiosamente que Rosa María terminase sus quehaceres de enfermera para que volviese junto a él y los dos hablar amigablemente. El le refería los hechos de armas en que había tomado parte, le refería cuanto a su persona concernía y poco a poco la iba haciendo casi cómplice de su misma vida. Sentía Andrews tanta satisfacción al decirle todo lo que a él le pertenecía, que a veces hasta se detenía en los detalles más íntimos, en los más insignificantes, y ella le oía con verdadero interés. No había duda de que Rosa María lo trataba como a un niño, como a un pobre enfermo que necesitaba la compañía de alguien para alegrar aquellas horas interminables del lecho y hacer más

llevadera su permanencia en el hospital.

Pero esta confianza que mutuamente se iban tomando, este continuo charlar de cosas tan íntimamente ligadas a sus vidas fué creando entre ellos una corriente sentimental que empezaba a alejarse de la verdadera amistad para convertirse en una pasión que los dos procuraban disimular.

Y lo que en principio era un deseo grande para Andrews, se iba acercando y ahora con temer. El día de su curación total estaba próximo y tendría que abandonar el hospital. No se hacía a la idea de prescindir de la compañía de Rosa María y comprendía también que no podría visitarla en el hospital. Su curación era cosa de pocos días y éste llegó una mañana.

Se presentó el médico de turno y le dijo:

—Vamos a ver si quitamos el enyesado de esa pierna.

Andrews extendió la pierna y miró cariñosamente a Rosa María, que le dijo mimosamente:

—No tema, que no le harán daño alguno.

No era el daño que le pudieran hacer lo que temía Andrews. La mirada aquella era como una súplica para que no le dejase solo, para poder disfrutar de su compañía el ma-

por tiempo posible, ya que tan pocos días le quedaban para abandonar definitivamente el hospital.

El médico empezó su operación y media hora después la pierna de Andrews quedaba libre del aparato de yeso en el que había estado metida durante algunas semanas. La miró él sonriente y al verse la pierna exclamó sonriendo:

—Una tortuga sin cáscara

—Luego se le tomará una radiografía para ver en qué estado ha quedado—le dijo el doctor.

Se fué el cirujano y Rosa María, pretendiendo infundirle ánimos, le dijo:

—¿No ansiaba tanto poder andar?

Andrews movió la cabeza afirmativamente al mismo tiempo que le rogaba:

—¿Quiere darme la bata?

Ella le ofreció la bata que tenía colgada a los pies de la cama y le acercó también las muletas para que se apoyase al andar.

—No más muletas—rechazó Andrews.

—Entonces, le traeré un bastón.

—Tampoco quiero bastón alguno—insistió él—. Quiero ver si es verdad que puedo andar.

—Claro que sí—le dijo ella—. Dentro de poco estará usted como nuevo.

El sonrió agradecido y le volvió a decir:

—No tiene por qué engañarme. Precisamente por eso no he hecho lo que otros que preguntan a su enfermera si quedará bien. Yo tengo que hacerle alguna pregunta, cierto, pero no referente a mi enfermedad.

Intentó andar y Rosa María fué a acercarse a él para ayudarle, pero Andrews la rechazó diciéndole:

—Le ruego que se quede ahí, al lado de ese sofá, quiero ver si puedo llegar hasta usted.

Cumplió la enfermera la súplica de Andrews y éste, haciendo un esfuerzo, consiguió llegar adonde estaba ella y sentarse.

—¿Quiere usted sentarse aquí, para que le haga la pregunta que le dije?

—No hablemos más de su estado—le dijo ella—. Ya ve que puede andar y que pronto estará en condiciones de reintegrarse al servicio.

—No se trata de mi estado de salud—le dijo Andrews—. Quiero decirle algo muy diferente.

—No comprendo qué otra cosa quiera preguntarme.

—Yo se lo diré. ¿Usted no ha observado nada en mí?

—Absolutamente.

—¿No se ha fijado en nada?

—Ya le digo que no... ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Se la voy a explicar. Usted no habrá observado nada en mí, pero yo me he observado detenidamente y he sacado una consecuencia.

Ella le miró interrogativamente y Andrews continuó diciéndole:

—Esa consecuencia que he sacado es de que la amo a usted, Rosa María.

Rosa María se puso pálida al oír aquella declaración, pero procurando continuar serena le dijo gravemente:

—Basta, capitán Andrews. Venga conmigo para que le hagan la radiografía.

Andrews se echó a reír y le respondió:

—No necesita hacerme ninguna radiografía, yo sé lo que pasa dentro de mí. Cuando la vi bajo la influencia del anestésico, su sonrisa me revivió.

—Efectos del anestésico — respondió ella sonriendo.

—No lo tome a broma—insistió Andrews al ver que ella quería darle otro giro a la conversación—. Lo que le digo es verdad. Le digo lo que siento. Le juro, Rosa María, que esperaba con ansia este momento de poderle declarar la pasión que usted ha sabido encender en mí.

Rosa María se levantó repentinamente. Su rostro perdió aquel color de rosa que tanto la agradaba, y

haciendo un esfuerzo, como si le pesasen las palabras que iba a decirle, le respondió:

—Hablaré con la directora para que nombre otra enfermera.

Andrews se levantó a su vez, e interponiéndose entre ella y la puerta, exclamó, como si fuera un chiquillo a quien le prohíben un capricho:

—Si hace usted eso, la mataré a sangre fría.

En aquel momento se oyó en la calle un vocerío inmenso. Las bandas de música recorrían la población y los gritos de la gente eran atronadores.

Andrews se acercó a la ventana al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Qué ruido es ése?

—Celebran algo — respondió la enfermera, al mismo tiempo que abría la puerta y preguntaba a una compañera—: ¿Qué ocurre afuera?

—Celebran la victoria británica en el Turkestan.

Al oír aquellas palabras Andrews recordó inmediatamente la intervención que en todo aquello debía haber tenido Smith. Se acordó que lo había abandonado cuando ya estaba camino de El Cairo, diciéndole que todavía tenía mucho que hacer, y ahora se veía el resultado de la gestión de aquel hombre valiente que con tanta serenidad y sangre

fria exponía su vida en aras de la patria.

En efecto, no poca parte de aquella victoria correspondía a Smith, y así lo reconocía el mismo coronel de la guarnición, quien al ver al agente le preguntó:

—¿Cree usted que habrá paz en este sector?

—Respondo de ello—le aseguró Smith.

—Pues casi todo se debe a su gestión.

Smith hizo un gesto de indiferencia, como si quisiera quitar importancia a su gestión, y respondió:

—La suerte me ayudó. Eso es todo.

—Algo más que la suerte. Todos sabemos lo expuesto que ha estado usted y lo bien merecido que tiene un descanso... Indudablemente tendrá usted necesidad de descansar.

—¿Quién no lo necesita?—replicó Smith.

—Pues tendrá usted un permiso de seis meses.

Smith miró fijamente al coronel, como si no hubiera entendido bien lo que le decía, y preguntó:

—¿Dice usted que seis meses?

—Sí, seis meses—le dijo de nuevo el coronel—. Sus servicios necesitan reposo. Usted mismo elija el sitio donde quiere ir.

—Lo pensaré, mi coronel—respondió Smith—. Antes de decidirme quiero averiguar el paradero de cierta persona que me interesa extraordinariamente.

—Pues hágalo y comience el permiso cuando guste—terminó diciéndole el coronel, al mismo tiempo que le ofrecía afectuosamente la mano.

EL COMIENZO DE UN IDILIO

LA convalecencia de Andrews fué mucho más rápida cuando que él mismo hubiera deseado, ya que su total curación implicaba el perder la compañía de Rosa María. El amor que por ella sentía era algo mayor que su propia voluntad. Hasta entonces no había conocido lo que era un verdadero amor, y a todas horas del día tenía presente el recuerdo de la bella enfermera.

La víspera de su salida del hospital obtuvo permiso para salir aquella noche, y citó a Rosa María para que fuese a cenar con él. Pero la joven se negó rotundamente a su petición, y al día siguiente, cuando la enfermera se dedicaba a llevar

los alimentos a los enfermos, Andrews la abordó en medio del pasillo y le dijo:

—Quiero hablarle, Rosa María.

La muchacha sonrió complacientemente y le respondió:

—No debía escucharle, pero consentiré que me hable.

—¿No recibió usted mi aviso?— preguntó Andrews.

—Sí, y lo recuerdo de memoria; decía: «Mismo sitio. Urgente».

—¿Y por qué no vino?

—Porque no había motivo para esa prisa... ¿Tenía usted algo urgente que decirme?

—Urgentísimo— exclamó el oficial— ¿Quiere usted saber algo terrible

—¿Muy terrible, muy terrible?— preguntó bromeando ella.

—Usted misma juzgará. Sepa usted que estoy bien. Hoy me echan del hospital.

Rosa María sintió una angustia inmensa. Quiso responder y no encontró palabras con las que pudiera disimular su turbación. Hasta entonces se había acostumbrado a tener cerca a Andrews, a verlo cuando ella quería, a escucharlo, a sentirse decir mil veces en un mismo día que era amada, pero entonces no se dio cuenta ella de que también le amaba. Al fin logró dominar sus nervios y responder:

—¿Hoy?

—Sí, hoy me echan de aquí, y solamente me dan ocho días de permiso.

—¿Y adónde irá usted esos ocho días de permiso?

—Aquí mismo. ¿Tiene usted algún inconveniente en que me quede en El Cairo?

Rosa María intentó sonreír para disimular mejor, y le respondió:

—¿Por qué voy a tener inconveniente? Usted es dueño de quedarse o marcharse.

—Sin embargo, antes de resolver quiero preguntarle nuevamente algo muy importante. ¿Es usted amiga de la directora?

—Muy amiga, pero no con usted aquí.

—¿Podría usted salir?

—¿Para qué?

—Para cenar conmigo. La espero a usted a cenar esta noche en el Hotel Terraza. ¿Ira usted?

Y ante el silencio de Rosa María él siguió diciéndole:

—No olvide usted que la espero a las ocho allí. Le suplico que vaya. No sea mala.

Rosa María no respondió. No aceptó la invitación, pero tampoco rehusó a ella, y Andrews se fué con el presentimiento de que aquella noche cenaría con la mujer a quien tanto amaba.

Mucho antes de las ocho se hablaba allí el oficial, esperando la llegada de Rosa María. Esta llegó un poco después de la hora convenida y cuando ya el restaurante estaba lleno de público.

Al aparecer ella a la puerta, el corazón de Andrews la presintió. Había cambiado su blanco uniforme de enfermera por un exquisito traje de noche, y la belleza de la joven quedaba más de relieve. Sin temor alguno podía compararse con cuantas mujeres había en el salón, con la seguridad de que de aquella comparación Rosa María saldría victoriosa.

Así se lo hizo ver Andrews, y



—Alobrate de estar vivo... mañana, quizás, no lo estés.

—Sígueme sin hacer ruido.



Le cortó las cuerdas con
que tenía atadas las manos.



—El indigena cayó a tierra,
como herido por un rayo.



—¡Locot...! Era un espía!



Stewenson cayó como una furia sobre él.



—Soy casada, Michael.



—Uy le cuidaba amorosamente.



Esperé ansiosamente que volviera a recobrar el conocimiento.

—Hoy salgo del hospital.



—¿No te sientes bien?
Hice mal en comprar esta
casa.



—Quiero casarme contigo.



—Destaque cuatro hom-
bres y ponga centinelas...
Haremos un reconoci-
miento.

Al verle cayó desmayada.



—[Voy a matarlo]



—No, Michael, tres años
de guerra lo han vuelto
peor.

ella, mujer al fin, le respondió agradecida de las frases del oficial:

—Es usted un niño alocado.

—Diga mejor un hombre ciegamente enamorado de usted.

Rosa María, con magistral táctica, cambió el rumbo de la conversación, pero podía advertirse en el brillo de su mirada y la frescura de su sonrisa la satisfacción inmensa que sentía en aquellos momentos. No quiso disimularla, y al terminar la cena le declaró:

—Parece mentira. Dejo el uniforme de enfermera, como con un oficial y me divierto mucho. He roto todas las reglas menos una.

—¿Cuál es?—preguntó Andrews solícito.

—No bailo. ¿Quiere usted darme ese gusto? ¿Quiere usted que bailemos?

—No sé si podré—respondió Andrews, señalando para la pierna que había tenido enferma, y haciendo que Rosa María exclamara, como reprochándose de su petición:

—¡Qué tonta! ¡Ya me había olvidado!

—Pero no importa — dijo Andrews—. Probaré a ver si puedo.

Se levantó haciendo un esfuerzo y se cogió del brazo de ella, que se negó a bailar, diciéndole:

—No sea usted niño, ni me haga caso. No debe usted bailar.

—Entonces, daremos un paseo por el jardín. ¿Le parece bien la idea?

—Encantada — le contestó Rosa María.

Andrews, sin dejar de apoyarse en el brazo de ella, le pidió permiso, diciéndole:

—¿Le molesta que me apoye en su brazo? Es para andar más cómodamente.

Rosa María le ofreció de buena gana aquel apoyo, y juntos salieron a uno de los jardines del hotel.

La noche era verdaderamente maravillosa. Poseía un mágico encanto en medio de aquel jardín aromatizado por el fuerte perfume de las flores tropicales que embalsamaba los sentidos. Hasta ellos llegaba tenuemente, como un murmullo acariciador, los compases de un vals que en el interior del salón tocaba la orquesta. Era tanta la poseía de aquel lugar, que Rosa María, sin poderse contener, exclamó:

—De día, El Cairo me disgusta; de noche, me encanta... Es curioso cómo la noche cambia las cosas...

Habían llegado junto a un banco y Rosa María ayudó a sentarse a Andrews, quien después de tenerla a su lado, le dijo sonriendo:

—Le dije que me dola la pierna.

para no bailar y estar a solas con usted.

—¿Me ha engañado? — exclamó la joven fingiendo disgustarse—. Vamos a entrar, entonces.

—No, Rosa María—le dijo Andrews—. Quiero estar aquí.

—¿Para qué?

Andrews, sin poderse contener, cogió las manos de la joven, y besándolas apasionadamente, exclamó:

—Para decirte que te quiero, que te quiero con toda mi alma y que quiero casarme.

Rosa María no se atrevía a hablar. También ella estaba segura del gran amor que sentía por él, también ella no podía contener aquella pasión que Andrews le expresaba, y la misma emoción enmudeció sus labios, mientras que Andrews, estrechándola contra su pecho, continuaba diciéndole:

—¡Te amo!... ¡Di que me quieres!... Que consientes en ser mi esposa...

Rosa María se dejó estrechar y hasta respondió con vehemencia al beso que él le dio. Mas al pensar en la proposición que Andrews le había hecho de hacerla su esposa, se retiró suavemente de su abrazo y le dijo:

—¡Te amo, Andrews! Pero lo que me pides es imposible.

—¿Imposible?... ¿Por qué?

Rosa María bajó los ojos y en ellos asomó una lágrima que, como una perla, rodó por sus mejillas y murmuró con voz débil:

—Es imposible, porque soy... casada.

La palabra «casada» sonó en los oídos de Andrews con un eco lejano de muerte. Lo que menos hubiera podido él sospechar era una confesión de aquella índole. Precisamente en sus conversaciones en el hospital jamás le había hablado ella de aquel marido, ni le había hecho mención alguna a su matrimonio. Lo inesperado de la noticia le dejó sin saber qué hacer y Rosa María intentó marcharse. Reaccionó Andrews de pronto, y cogiéndola por la mano le suplicó:

—No se vaya, se lo ruego. No comprendo lo que me dice... ¿No era usted miss Haylen?

—En el hospital, sí. Usaba este nombre porque no admiten mujeres casadas...

—¿Y dónde está su esposo?

Rosa María se encogió de hombros y respondió:

—Lo ignoro.

—¿Le dejó usted?

Ella movió la cabeza negativamente y Andrews le preguntó de nuevo:

—¿El la dejó?

—Tampoco — respondió ella—. Me casé en Londres a poco de llegar de Nueva York... Fué al comenzar la guerra. A la semana de casada, mi esposo partió y no he vuelto a saber de él... De esto hace ya tres años.

Andrews sintió una inmensa compasión por ella. Si antes la había estrechado amorosamente, ahora lo hizo por verdadera compasión y exclamó visiblemente emocionado:

—¡Pobre Rosa María!... ¿Y después?

—Pasó algún tiempo sin saber qué rumbo dar a mi vida. Después, ansiosa de olvidar, ingresé en el cuerpo médico como enfermera. El trabajo y mi traslado a El Cairo me dieron ánimos; hasta que... entró usted en mi vida...

Se cailó unos breves instantes y después Andrews la preguntó:

—¿Sigue usted queriendo a su esposo?

—No—respondió resueltamente la joven—. Incluso creo que no lo quise nunca... No puedo precisar, porque me parece todo tan remoto, tan lejano... Sé que él me quería locamente. Estoy segura de que me adoraba y que habría hecho todo lo posible por hacerme feliz. Quizá vi-
viendo juntos yo le habría amado,

pero han sucedido las cosas de tan distinto modo... ¿Me comprende?

—Creo que sí—respondió Andrews pensativo.

Y de pronto, como quien toma una enérgica resolución, volvió a preguntarle:

—Dime, Rosa María, ¿me quieres?

—Bien sabes que sí. Te quiero y no he querido luchar contra este amor que es el primero de mi vida... Nos hemos encontrado demasiado tarde.

—No lo creas. No nos separaremos nunca—exclamó él con vehemencia de enamorado—. Este amor es nuestro y nadie nos lo quitará. Se lo diremos a tu esposo.

—¿Y cómo encontrarlo? ¿Cómo saber dónde está?

—Yo haré por encontrarlo. Mañana hablaré con un amigo mío, que es agente del Servicio Secreto que ha llegado del Turkestan, y él me ayudará a encontrarlo. Para estas cosas estos hombres valen mucho.

—Es inútil—respondió Rosa María con profunda tristeza—. No lo encontrará. Y si lo encuentra, ¿qué habremos logrado?

—Le escribiremos, le diremos la verdad y esperaremos a que acceda al divorcio. Ya verás cómo será posible nuestro amor.

Rosa María necesitaba creerlo.

Aquel amor, como ella había dicho, era el primero de su vida. Era el primer hombre que había sabido ganar con su ternura su corazón y estaba dispuesta a hacer cuanto él le dijese con tal de conseguir aquella dicha que para los dos era tan necesaria. Las palabras de esperanza de él llegaron a convencer a Rosa María, y cuando se apartó de Andrews pensó que era fácil el llegar a ser su esposa.

Rosa María movió negativamente la cabeza. En sus ojos brillaba un destello de duda, de angustia, y miraba fijamente a Andrews como si quisiera retener en su pensamiento y en su alma todo el encanto de aquel instante de verse junto al hombre tan adorado. Andrews seguía reteniéndola abrazada, sentía el latir de aquel corazón y aspiraba el perfume que se desprendía de la sedosa cabellera de Rosa María. Esta, al fin, respondió:

—Te equivocas, Andrews.

—¿Por qué?—preguntó el oficial.

—Porque tú no conoces a mi marido. Es un hombre diferente a todos los demás.

Andrews sonrió ante aquellos temores y le preguntó:

—¿Acaso es un ogro?

—No sé cómo llamarle — dijo ella — pero lo único que te puedo decir es que es muy distinto a cuan-

tos otros he visto. Tiene un carácter inexplicable. Además, él me ama, sé que antes dejaría matarse a permitir que fuera de otro.

—Pero él te abandonó, te dejó sola con tu suerte, sin pensar en ti.

—Me dejó obligado por las circunstancias, pero sé que si vive, seguirá pensando en mí.

Andrews la apartó un poco para mirarla fijamente y le preguntó con angustiosa duda:

—¿Le sigues queriendo?

—No — contestó resueltamente ella —. Jamás he manchado mis labios con una mentira y si le amase no hubiera permitido que tú me hicieras el amor. Me casé con él inconscientemente. Era demasiado joven para sospechar las consecuencias de un matrimonio. Mi marido era un hombre joven, de alguna más edad que yo, poseía una gran instrucción y además un dominio grande sobre todas las personas que hablaban con él. Yo creo que lo que más me indujo a ser su esposa fue aquella fría serenidad que tenía para todo. Jamás le vi alterarse por cosa alguna.

Andrews, al oír su explicación, comprendió que Rosa María era sincera. Que lo que ella temía precisamente era la negativa de su esposo a acceder al divorcio, e intentó convencerla diciéndole:

LA ULTIMA AVANZADA

—Ya verás cómo conseguimos nuestro amor. Yo hablaré a tu esposo, le expondré nuestros deseos, y si no accade por las buenas entablaremos el divorcio. Los tribunales te darán la razón, créeme.

Para un corazón enamorado todo

cuanto sea factible para hacer fácil su amor lo encuentra realizable, y por esta misma razón aquella noche Rosa María llegó a creer a ciegas en la posibilidad de encontrar a su esposo y de que éste accediese a su divorcio.

UNA VISITA INESPERADA

—¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media. —¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media. —¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media.

—¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media. —¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media.

A las diez y media de la noche Rosa María se encontraba en su habitación, sentada en la cama, mirando fijamente el reloj de pulsera. —¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media.

—¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media. —¿Qué hora es? —preguntó Rosa María al mirar su reloj de pulsera. —Las diez y media.

UNA VISITA INESPERADA

A L día siguiente se hallaba Rosa María en el mismo despacho de la directora, cuando sonó insistentemente el timbre y la directora se puso al aparato, preguntando:

—¿Qué desea?

—¿Podría hablar con miss Hayden?

—Imposible—respondió la directora—. Les está prohibido recibir llamadas particulares.

—Es que soy su tío, sir Roderick.

El título de «sir» hizo más humanitaria a la directora, y respondió:

—En este caso es diferente, sir Roderick. Le diré que se ponga al aparato.

Se volvió hacia Rosa María y le dijo:

—Es para usted. Le llama su tío, sir Roderick.

Rosa María, que estaba segura de no tener ninguno con tal título, ni con tal nombre, comprendió en seguida quién debía ser, y en cuanto le oyó reconoció la voz de Andrews que le preguntaba:

—¿Cómo estás?

Rosa María estuvo tentada de lanzar una carcajada al ver lo fácilmente que había conseguido engañar a la directora, pero se contuvo y seriamente respondió:

—Bien, tío, estoy bien.

—Te he llamado para decirte que

te quiero, Rosa María... ¿Qué podría mandarte? ¿Te gustan las rosas...? ¿Te está permitido recibirlas?

—En absoluto—respondió ella.

—Entonces te enviaré galletas, o unos zapatos, algo; yo tengo necesidad de enviarte algo.

Rosa María respondió, para evitar que él hiciera lo que decía, y al mismo tiempo decirle que estaba loco:

—Tenemos un alienista famoso. No puedo decirle nada más.

Andrews, temiendo que le cortaran la comunicación, volvió a decirle:

—Entonces, a la misma hora... El mismo sitio... Urgente.

—Allí estaré, tío — respondió ella —. Adiós, querido tío.

Abandonó el despacho de la directora y todo su cuerpo vibraba de alegría. Aquella noche, como la anterior, cenaría con Andrews y volvería a sentirse otra vez feliz en su compañía. Casi podría decir que contaba las horas y los minutos que transcurrían desde que habló con él por teléfono, cuando una compañera fué a llamarla, diciéndole:

—La directora le llama.

Rosa María no pensó para qué podía llamarla la directora, pero sin

preocuparle el motivo, porque demasiado alegre estaba ella, fué al despacho, donde aquélla le dijo, señalando para la sala de visitas:

—Allí hay una persona que desea verla.

Rosa María adivinó en seguida quien sería. La única persona que podía solicitar verla era Andrews. Interiormente se sintió halagada; aun cuando pensó que era un loco comprometiéndola de aquel modo. Pero todo aquello no era más que una prueba de lo mucho que la amaba, y hasta se alegraba de ello.

Abrió la puerta de la sala y apenas vió a la persona que la aguardaba quedó inmóvil, sin poder dar un paso. Allí, en pie, esperándola, estaba su marido. Le reconoció inmediatamente. El se adelantó unos pasos para recibirla y Rosa María sintió que todo le daba vueltas. Perdió el conocimiento y cayó pesadamente al suelo.

Su marido llamó para que la auxiliasen, y cuando llegó la directora y la vió en aquel estado, sin poder comprender la verdad de lo que pasaba, explicó lo que había ocurrido diciéndole:

—Son los nervios.

—Los nervios y el trabajo de aquí —replicó su marido.

—Al contrario—exclamó la directora—. El trabajo la ha ayudado a vencer un colapso nervioso que la mataba.

—Ya no tendrá que preocuparse—respondió el marido de la enferma—. Voy por un coche para llevarla a mi casa.

—Será mejor llevarla en una ambulancia—le repuso la directora, después de darse a conocer el marido de Rosa María.

Aceptó éste la proposición de la directora y una hora después estaba Rosa María en el lecho de la casa de su marido, mientras que éste, arrodillado ante ella, esperaba ansiosamente que volviera en sí.

Por un capricho del Destino, el marido de Rosa María era el mismo Smith que había salvado a Andrews de una muerte segura. El le había dado el nombre de Smith, porque era aquél con el que se había alistado en el Servicio Secreto, ocultando su verdadero nombre de John Stewenson. Ni Rosa María podía jamás llegar a adivinar que aquel Smith de quien tantas veces le había hablado Andrews, fuese su marido, ni que éste fuese aquel Smith.

Poco a poco la joven fue volviendo a la realidad de las cosas, y al abrir los ojos su marido le dijo amorosamente, poniendo en sus pala-

bras un afán tan grande que dejaba entrever el gran amor que aun sentía por ella.

—Dime que ya estás bien y estaré contento, Rosa María.

La joven miró alrededor suyo y, encontrando nuevo cuanto la rodeaba, preguntó:

—¿Dónde estoy?

—En casa—respondió él cogiéndole una mano y cubriéndola de besos—. Esta es nuestra casa desde antes que fuese a verte... La casa que nos hará olvidar que hemos estado tres años separados...

Ella le miró severamente y como un reproche exclamó:

—Tres años sin saber una palabra de ti...

—Tú no podías comprenderlo, pero era necesario. Silencio es el castigo que impone el Servicio Secreto... He sido durante tres años un desterrado... Ahora tengo permiso por seis meses... ¡Seis meses que serán los más felices de nuestra vida!... ¡Seis meses para decirte cuánto te adoro y que ni un solo día he dejado de pensar en ti, esperando con ansia desesperada este instante de volverte a tener junto a mí... ¿Tienes idea de lo que es el infierno? El infierno no es un lugar donde se achicharra uno mientras los demonios lo torturan... No

es morir de sed, de frío o de hambre. No es contemplar cómo la muerte escala una montaña... No, no es eso... Es algo peor todavía... Es el estar sin ti.

Rosa María le oía sin pronunciar palabra. Todo aquello que para una mujer que amase a su marido hubiera sido el colmo de la felicidad, era para Rosa María una verdadera tortura, puesto que ponía de manifiesto que Stewenson volvía tan enamorado como tres años atrás. Pensó en Andrews y tuvo la seguridad de que su marido jamás accedería al divorcio.

Por la noche, Andrews, en la seguridad de que Rosa María no faltaría a la cita, estuvo esperándola en el Hotel Terraza, sin que apareciera ella. No podía sospechar el enamorado oficial el verdadero motivo de la ausencia de su amada y aun menos el que su marido hubiese llegado tan de improviso.

Cansado de esperar, salió del hotel y se fué hacia el hospital, para ver si por alguna de sus ventanas podía divisar la silueta de Rosa María. Mas también aquella esperanza quedó fallida y esperó a que el día siguiente pudiese traerle alguna noticia del porqué no había acudido a la cita como le había prometido.

También Rosa María se desesperaba al pensar que Andrews habría estado esperándola y al día siguiente, en cuanto se levantó, lo primero que hizo fue escribir una carta a Andrews diciéndole cuanto le había ocurrido. Con la misma criada que tenía le envió la carta al oficial, quien después de leerla preguntó a la sirvienta:

—¿Dónde vive?

—Prometí no decírselo a nadie —respondió la buena mujer.

—¿Puedo mandarle una nota?

—Tampoco estoy autorizada para ello —dijo la sirvienta—. Si quiere usted decirle algo, yo se lo comunicaré. Tenga confianza en mí.

Andrews no dudó de la lealtad de aquella mujer, pero por si acaso, se contentó con decirle:

—Dígale esto: «La misma hora, el mismo sitio. Urgente».

—Descuide usted, que se lo diré.

Marchó la doncella nuevamente a la casa y esperó la ocasión de encontrar sola a Rosa María, para decirle:

—Le he visto.

—¿Le entregó usted mi carta? —le preguntó la joven.

—En su misma mano.

—¿Y qué contestó? —preguntó ansiosamente Rosa María—. ¿Qué le dijo?

—Al principio, parecía que se había vuelto loco, leyó más de una vez la carta y me miró repetidamente. Cuando le dije que podía estar seguro de mí, me dijo: «Dígame esto. La misma hora, el mismo sitio. Urgentes».

—Comprendo — murmuró Rosa María—. Sé lo que quiere decir eso.

—Debe estar muy enamorado — le dijo, la doméstica—. Había que verlo cómo hablaba solo.

Para Rosa María aquella era una prueba más del amor que Andrews le profesaba. Más que nunca estaba segura del amor del oficial y más que nunca comprendía que su dicha estaba en aquel amor. Pero, ¿cómo decirle a su marido lo que pasaba? ¿Cómo poderle hablar con franqueza y confesarle que no solamente no le amaba, sino que su corazón pertenecía a otro hombre?

En las pocas horas que había estado con su marido, desde que fue del hospital allí, se había dado cuenta de que Stewenson volvía más enamorado que nunca, que jamás permitiría perderla y que era inútil perder el tiempo tratando de convencerlo para que le concediese la libertad, con la cual podría unirse a Andrews.

Su situación era angustiosa, no veía ningún resquicio por el cual

podiera entrar un rayo de luz que iluminase su cerebro y le permitiese encontrar la fórmula para conseguir lo que tanto anhelaba.

Por el momento, lo que más le precisaba era acudir a la cita que le había dado Andrews. Era preciso encontrar un pretexto para verse con él aquella noche y explicarle cuanto ocurría. Quizás él, con mayor serenidad, pudiera indicarle el camino a seguir.

Estaba dispuesta a cumplir el deseo de Andrews, a verlo aquel mismo día, y sucediese lo que sucediese, iría. Además, su esposo no desconfiaba de ella, o por lo menos fingía no desconfiar, y esto le facilitaba su plan.

Y, en efecto, aquella noche Rosa María pretextó tener que realizar una gestión y consiguió salir sola de su casa. Fue directamente al jardín del hotel, donde estaba esperándola Andrews y éste, al verla, corrió a sus brazos exclamando:

—¡Amor mío!... Si supieras lo impaciente que estaba por verte...

Ella dejó que la abrazara Andrews, y pasado el primer momento de emoción, le dijo:

—No debí haber venido.

—¿Por qué? —preguntó el oficial, extrañado.

—Porque debes olvidar todo lo

que nos dijimos. Sin embargo, Janet me habló de ti y me decidí a venir.

—Entonces, ¿es verdad que tu marido ha regresado con permiso?

—Es cierto — respondió ella con tristeza.

—Pues debes alegrarte. ¿No queríamos buscarlo? La suerte nos favorece trayéndonoslo. Esto lo simplifica. Iremos a decirle la verdad.

Rosa María expresó en su mirada el miedo que le causaba el tener que decirle a su marido que ya no le amaba y que amaba a otro, y exclamó:

—¡No, Andrews!... ¡A él, no! Tú no le conoces. Tres años de guerra lo han vuelto peor. Lo han cambiado totalmente.

Y abrazándose fuertemente contra el pecho de su amado, murmuró como una débil niña que busca el amparo del regazo maternal:

—¡Tengo miedo, amor mío!

—¿Miedo de qué?

—De él, de su amor, de su locura por mí. ¡Si tú le hubieras oído hablar ayer te habrías espantado!... Además, merece ser feliz... ¡Ha sufrido tanto!...

Andrews la miró intranquilo y le respondió:

—Pero tú no puedes ni debes sa-

crificarte... Eso sería la mayor locura.

—¿Por qué no?—preguntó ella.

—Porque sería ser injustos con él. Debemos ser nobles, decirle la verdad y no fingirle un amor que no sentimos. Tenemos que afrontarlo honradamente. Me quedan pocas horas de estar en El Cairo y quiero marcharme dejando este asunto terminado.

Pero su deseo se vio fallido con la llegada de su ordenanza, que lo había estado buscando por el hotel y que, al verlo, corrió a su lado diciéndole:

—Tenemos que salir a las nueve en punto. El coronel dará las instrucciones finales... No tiene usted tiempo que perder.

—Voy en seguida.

Rosa María sintió una terrible angustia. Temía por la suerte que pudiera correr Andrews. Sabía de sobras, por lo mucho que había oído en el hospital, que estas llamadas urgentes suelen ser siempre para algún servicio expuesto, y le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Al Sudán. Me han destinado allí.

—¿Es peligroso?—preguntó Rosa María con la angustia dibujada en los ojos.

El procuró tranquilizarla y le respondió:

—En todas partes se corre peligro, pero si me esperas tengo la seguridad de que regresaré.

La joven le miró con todo el amor que era capaz de sentir su corazón y, abrazándose a él, le respondió:

—Bien sabes que te amo. Te esperaré.

—¿Qué harás, entonces?

—Veré cómo se lo digo. Estando tú lejos me será más fácil, porque no temeré por ti.

Se besaron con verdadero delirio, poniendo en aquel beso de despedida toda la espetanza que sentían en su amor, y Rosa María volvió de nuevo a su casa.

Ya estaba su marido esperándola, y cuando la vió entrar salió a su encuentro, diciéndola:

—Te he oído entrar... ¿Has hecho lo que querías?

—Sí — respondió ella dejándose caer en un sillón.

El la miró, extrañado de aquella actitud, y volvió a decirle:

—Apenas tienes tiempo de vestirme.

Rosa María no se encontraba con fuerzas para sostener una fingida actitud durante toda la noche, y le suplicó:

—¿Por qué en vez de salir no nos quedamos aquí para hablar?

Stewenson no pudo menos que mostrar su extrañeza ante aquella actitud de su mujer, y le dijo, como encontrando un motivo para contradecirla:

—Reservé una mesa en Veron, para cenar juntos.

—Iremos otra noche — respondió ella con un gesto de hastío.

Stewenson no podía menos que advertir el cambio tan grande experimentado en su mujer durante aquellos tres años de separación, y procurando que ella no advirtiese lo que él pensaba, le preguntó:

—¿No te sientes bien?

—Sí, perfectamente.

—Entonces, ¿qué es lo que tienes? Creo que hice mal en comprar esta casa... Deberíamos cambiar de ambiente... Estoy seguro de que es esto lo que te conviene... Iremos a Inglaterra... Celebraremos esta noche nuestro viaje como si fuera el de recién casados.

Rosa María pensó en la promesa que había hecho a Andrews, y por nada del mundo estaba dispuesta a abandonar El Cairo sin la compañía del oficial. En vista de la insistencia de su esposo a realizar aquel viaje, le respondió:

—No puedo, John... No puedo abandonar El Cairo.

—¿Por qué?—preguntó Stewenson, perdiendo aquella aparente calma que venía mostrando—. Desde que llegué te encuentro alejada de mí... indiferente. ¿Tanto he cambiado?

Rosa María comprendió que había llegado el momento de las explicaciones y empezó diciéndole:

—Los dos hemos cambiado, John. Parece que ha transcurrido un siglo desde que te conocí... Todo me parece muy lejos...

—Sí, ya lo he observado—respondió con tristeza Stewenson—. Pero, ¿no podríamos volvernos a encontrar?

Rosa María movió negativamente la cabeza y le confesó sinceramente:

—En estos dos días que llevamos juntos lo he intentado, John, sin lograr conseguirlo. He puesto de mi parte cuanto he podido, pero...

El no la dejó terminar y exclamó:

—Es incomprensible lo que acabas de decirme. Antes me querías.

—Pensaba que te quería, John, pero he comprendido que el amor no es eso, es algo mucho más grande que yo no había conocido hasta ahora.

—¿Es que ahora amas a otro?—preguntó furioso Stewenson, sin saber reprimir sus nervios.

Aquel hombre, que ante los pe-

gros más grandes sabía conservar su sangre fría, al pensar que había perdido el amor de la mujer por quien sentía verdadera locura, perdía toda su calma hasta el extremo de aparecer amenazador ante ella.

A su pregunta, Rosa María no contestó. No negó su amor por otro hombre y Stewenson exclamó:

—Me lo temía, pero la duda me alentaba. ¿Por qué me lo has callado? ¿Por qué no me lo dijiste al verme?

—No me atrevía—respondió Rosa María—. Era tan doloroso el decirte lo, que intenté hacerme a la idea de ser tu esposa, aun cuando no fuyeses mi amor.

Stewenson se ocultó el rostro entre las manos para que ella no viese el dolor que le causaba, y exclamó:

—¿Crees que acaso es ahora menor?

Rosa María sintió una conmiseración hacia aquel hombre que, después de todo, no había cometido más pecado que el de amarla mucho y, acariciándole suavemente, le dijo:

—Perdóname, John. Te juro que yo no hubiera querido causarte este daño.

Stewenson se calmó un poco, y acercándose a ella, le preguntó:

—¿Quién es él?

—Le conocí en el hospital.

—¿Y le quieres?

—Sí, le quiero. No debo engañarte.

—¿Cómo se llama?

Y al ver que Rosa María no quería dar su nombre, le dijo:

—Es inútil que quieras callarlo. Si tú no me lo dices, lo sabré dentro de poco y la gente sospechará lo que no debe.

Ante aquella seguridad, Rosa María le dijo el nombre de Andrews y John sintió que toda la sangre le aflujó a la cara. Es decir, que precisamente el hombre a quien él había salvado la vida, era el que le arrebataba el amor de su mujer, de aquella mujer por quien hubiera dado la vida mil veces si preciso hubiera sido.

Fue tal su gesto de odio, de indignación, que Rosa María le preguntó asustada:

—¿Le conoces?

—Sí, mucho—respondió John—. ¿Sabe que tú eres mi esposa?

—Sabe únicamente que soy casada.

—¡Bah!—exclamó John—. Eso le tendrá sin cuidado. No es hombre que piense en esas cosas que para él no tienen importancia. Pero te prometo que sabrá bien quién soy yo.

Rosa María, temiendo por la suerte que pudiera correr Andrews, le suplicó a su marido:

—Te suplico que seas razonable. El no tiene ninguna culpa.

—¿Razonable?—exclamó irónicamente John—. ¿Acaso lo has sido tú conmigo—El sabía que tú eras mi mujer.

—Te juro que no sabía nada. Le di tu nombre, pero no me dijo que te conocía.

—No te creo—exclamó John, sin acordarse que Andrews le conocía por un nombre distinto—. Eres capaz de negarlo todo... ¡Tres años en aquel infierno pensando en tí! No quería morir sin poder decirte lo mucho que te amaba y todo para llegar y encontrar mi felicidad perdida!... ¡Robada!... ¡Robada!

—Te digo que fue inevitable... El no sabía nada.

—Eso te dirá él, pero te engañaba.

—El que está engañado eres tú, John—insistió Rosa María.

John pudo al fin hacerse dueño de sus nervios. Volvió a ser otra vez el agente secreto que sabía reprimir todos sus impulsos, y, dulcificando la voz, le dijo:

—No te acuso, Rosa María. Yo sé que siempre has sido sincera, pero el no se encuentra en el mismo

caso... A él no me importa lo que pueda pasarle.

Rosa María adivinó la amenaza de su marido y exclamó al mismo tiempo que salía de la estancia para evitar seguir aquella enojosa conversación:

—A ti no te importará, pero a mí sí. Si algo le pasa, si muere, moriré yo también.

John no hizo ademán de detener a su mujer. Se había hecho su composición de lugar y estaba dispuesto a vengarse aun cuando tuviese que buscar al oficial en el lugar más remoto de la tierra.

Salió de su casa como alma que lleva el diablo. Los celos hacían que sus nervios no tuviesen la misma seriedad de siempre y aquel hombre de una sangre fría tan extraordinaria se hallaba en aquellos momentos poseído por un vértigo que parecía locura. Lo que le había dicho a su esposa era verdad. Durante todo el tiempo que duró su ausencia, Stewenson no había esperado otra cosa que el momento de poder reunirse con ella. La imagen de Rosa María no se había apartado un instante de su pensamiento. Ni en los momentos más difíciles de su vida de agente secreto, ni cuando tantas veces luchó frente a frente con la muerte, dejó de pensar en ella.

Esperaba el día dichoso de volver a estar a su lado, de poderla tener en sus brazos y oírse decir que era amado. ¡Cuánta ilusión había puesto en aquel instante! ¡Cuántas esperanzas había concebido de poderlo lograr!

Cuando llegó a El Cairo y se enteró de que estaba allí Rosa María, el corazón pareció salirse del pecho. La suerte le favorecía más de lo que él pudiera esperar. No tenía necesidad de recurrir a nadie para saber el paradero de la única mujer a quien había amado su corazón. La tenía cerca y a las pocas horas podría verla. Quería darle la sorpresa de que se encontrara con él sin que ella lo supiese, y por eso fue a verla al mismo hospital.

Pero de pronto todas aquellas ilusiones se desvanecían, todas aquellas esperanzas se trocaban en cruenta realidad y Stewenson, él, que había desafiado tantas veces a la muerte, se encontraba sin fuerzas para poder desafiar los celos que le atormentaban hasta llevarlo a aquel estado de inconsciencia.

Recorrió todos los sitios públicos donde creyó encontrar a Andrews. Lo buscaba ansiosamente con el deseo de provocar un duelo y matar al hombre que le había robado el amor de Rosa María.

En algunos sitios donde acudió

encontró a amigos suyos. Estos le saludaban y Stewerson correspondía con saludos automáticamente. Algunos de ellos incluso le invitaron y él rehusó la invitación. No le

gustaba a aquellos lugares ningún deseo de divertirse y en cuanto se aseguraba de que no estaba allí Andrews, corría a otro sitio con el mismo pensamiento.

LOS DOS RIVALES

A L día siguiente, Stewenson, sin decir nada a su mujer, se dirigió a la oficina de información para inquirir noticias sobre el paradero del hombre que él consideraba como su rival. De nada había servido el que Rosa María le hubiera dicho que Andrews nada sabía de que él fuera su esposo. Y en su obcecación seguía sin caer en la cuenta de que el oficial le conocía por un nombre distinto del que verdaderamente tenía.

Al llegar a la oficina de información se encontró con un sargento que, al verlo, le saludó amistosamente. El correspondió al saludo diciéndole:

—Deseo conocer el paradero de un amigo mío, que es oficial.

—Con mucho gusto—respondió el sargento—. ¿Cómo se llama?

—Michael Andrews, capitán del 15 de Húsares.

—Conozco al capitán Andrews—replicó el sargento sin necesidad de mirar ningún documento—. Precisamente anoche salió para el Sudán.

—Muchas gracias—respondió el agente secreto fingiendo una gran serenidad.

Salió de la oficina de información y, decidido a verse frente a frente con el hombre que le había robado el amor de su esposa, se fue a ver al coronel y jefe del Servicio Secreto.

El coronel, al verlo, no pudo menos que exclamar:

—¿A qué se debe la sorpresa de verlo por aquí?

—Vengo a pedirle un destino—
respondió Stewenson.

El coronel le miró extrañado y no
pudo menos que decirle:

—¿Tan pronto? Si tiene usted to-
davía casi seis meses de permiso...

—Lo sé — respondió sonriendo
Stewenson — pero qué quiere us-
ted... He perdido la costumbre de
estar ocioso y me aburro extraordi-
nariamente.

—Pues quédese a trabajar conmi-
go en la oficina.

—No — exclamó Stewenson —.
Eso no es para mí. Es un trabajo po-
co activo. Quisiera ir a las colonias.
Deseo ver horizontes más anchos...
¿Cómo andan las cosas por el Su-
dán?

—¡Hombre, sí! — exclamó el co-
ronel —. Precisamente es usted la
persona más indicada. ¿Cuándo sal-
dría?

—Ahora mismo, si es posible —
respondió el agente secreto.

—Bien — terminó diciéndole el
coronel —. Daré las órdenes inme-
diatamente.

Y mientras que él se preparaba
para conseguir vengarse de aquel
hombre a quien tanto había llegado
a odiar en el transcurso de unas ho-
ras, Andrews, con el destacamento
de carros blindados, se acercaba al
fuerte cuya guarnición tenía que re-
levar.

Jamás realizó Andrews un servi-
cio más a disgusto que aquel que se
le había encomendado. No le impor-
taba el peligro que pudiera correr,
porque no le tenía miedo alguno a
la muerte. Muchas veces la había
visto cara a cara y siempre había
sabido vencerla. Lo único que le
preocupaba era la situación de Rosa
María. Temía por ella, por su amor.
En sus conversaciones con Rosa Ma-
ría, ésta le había demostrado un
miedo atroz hacia su marido. ¿Se
habría atrevido a decirle la verdad?
¿Habría admitido él la idea del di-
vorcio?

Andrews se hacía todas estas pro-
puestas sin sospechar siquiera la ver-
dad de cuanto había ocurrido. Lo
que menos podía pensar era que Ste-
wenson, que el marido de Rosa Ma-
ría, le siguiese con el deseo de ma-
tarlo.

El camino se iba haciendo cada
vez más árido. La sed comenzaba
a hacer estragos y dentro de aque-
llos carros parecía que se estaba en
un infierno.

—¡Maldito sol! — exclamó el sa-
gente —. Pica como un condenado.

Andrews no respondió siquiera.
Todo su pensamiento estaba muy
distante de allí y solamente de
cuando en cuando solía respirar con
fuerza, como si quisiera deshacerse
del ahogo que producía el calor.

Contaba las horas que llevaba ya separado de Rosa María y lo diferente que era aquella mujer a cuantas otras había conocido.

Muchas veces, antes de salir de operaciones había pasado las últimas horas con una mujer, pero al separarse de ella lo había hecho sin el menor pesar, como si lo hubiera hecho de un conocido, y durante todo el tiempo de su alejamiento, jamás el recuerdo de ninguna había turbado su pensamiento.

Sin embargo, cuán distinta era ahora su situación. Sus nervios se hallaban dilatados y no quería hablar con nadie, pensando que su mismo mal humor le haría ser descortes con sus compañeros, que ninguna culpa tenían de cuanto a él le pasaba. No le pesaba el haber conocido a Rosa María, porque estaba seguro que solamente con ella sería feliz: lo que si le pesaba era que aquella herida suya no hubiera sido más grave para poder estar a su lado más tiempo todavía.

Y mientras que él iba sumido en estos pensamientos, la pesada caravana de carros seguía lentamente el polvoriento camino que lo alejaba de su amada.

Cerca ya del fuerte, el sargento que iba con él en uno de los carros le dijo:

—Nos conviene un descanso.

—Ya descansarás en el fuerte— le respondió el otro—. Ya nos falta poco.

—¿Podremos bañarnos allí?

—Ya lo creo—le dijo sonriendo burlescamente Andrews—. Allí hay de todo... hasta cerveza.

Por fin llegaron a las puertas del fuerte. Se detuvieron todos los carros y Andrews quedó extrañado de no ver ningún centinela. La cosa era extraña de verdad. ¿Cómo era posible que no les dieran el alto? Bajó del carro en el que iba, y acompañado del sargento se fué acercando a las puertas del fuerte. No le cabía duda que allí debía haber ocurrido algo anormal. Bastaba echar una ojeada por el recinto exterior para darse cuenta de ello. Pero ahora lo que le preocupaba a Andrews era cómo entrarían. Tenían necesidad de agua para refrescar los motores y además para beber ellos.

Cautelosamente fué acercándose a la puerta. Sacó la pistola y, dispuesto a disparar a la menor sorpresa, empujó la pesada puerta con el hombro.

El espectáculo que se ofreció a su vista era en verdad aterrador. Los que componían la guarnición de aquel fuerte yacían dentro de él muertos. Sin duda ni uno solo pudo librarse de las iras de los indígenas,

y en los muros, en el patio, en todas partes había cadáveres.

El sargento, que seguía de cerca al oficial, al ver aquello exclamó:

—Esto es terrible de veras.

Andrews, por toda contestación, le ordenó:

—Destaque cuatro hombres... ponga centinelas... Haremos un reconocimiento por el fuerte para evitar cualquier sorpresa.

Cumplió el sargento la orden recibida y una vez hecho esto volvió de nuevo al lado del oficial. Este había ido al depósito del agua y al darse cuenta de que lo habían vaciado, se lo mostró al sargento, diciéndole:

—No han olvidado nada.

La situación era verdaderamente crítica para Andrews. Quedó un momento silencioso pensando qué actitud tomar ante aquello y al fin ordenó al sargento:

—Saque toda la gasolina que haya en los carros y llene el suyo. Tiene que volver inmediatamente a la base y dar cuenta de lo que ocurre para que nos envíen auxilio.

Y tal como ordenó se cumplió la orden, marchando inmediatamente el sargento hacia la base más próxima para pedir auxilio y dar cuenta de lo que había sucedido en el fuerte.

Precisamente, tres días después

de esto había llegado a la base Ste-wenson y el jefe de aquel destacamento lo presentó a los oficiales que le acompañaban, diciéndoles:

—Les presento a ustedes a uno de nuestros agentes secretos de más valor, que acaba de llegar de El Cairo.

Saludáronle los oficiales y cuando se disponían a comer llegó el sargento, que había sido herido en un hombro durante el trayecto. El jefe del destacamento se levantó rápidamente y corrió hacia él, preguntándole:

—¿Qué ocurre?

El sargento hizo un esfuerzo para poder hablar, y al fin le dijo:

—El capitán Andrews me mandó... Está en Fuerte Safar con su patrulla... La guarnición que había allí ha sido muerta y la nueva está sin agua y sin viveres. Hay que correr en su ayuda.

El jefe de la base dió las órdenes oportunas para que saliera una columna de caballería, mientras que el agente secreto, sin esperar a nadie, emprendió él solo el camino hacia el fuerte.

No necesitaba quien le guiase, puesto que conocía todos aquellos lugares admirablemente por haberlos recorrido en otros tiempos, cuando los indígenas estaban en paz. Al llegar cerca de Fuerte Safar, uno de

los centinelas le dió el alto y Stewenson contestó:

—Amigo. Mensaje G. H. Q.

Andrews, que había sido avisado de la llegada de un emisario, se asomó a los muros del fuerte y al reconocer a Stewenson ordenó:

—Abrid las puertas.

Poco después entraba Stewenson. Andrews, sin poder adivinar cuál era el verdadero motivo de su llegada, corrió a abrazarlo, diciéndole:

—¡Dichosos sean los ojos que te ven, Smith! ¿Qué le trae por aquí?

—Traigo un mensaje—respondió secamente Stewenson, mirándole con todo el odio que albergaba su corazón.

Andrews le hizo subir a su departamento y le preguntó:

—¿Y su patrulla?

—Vengo sólo.

—Pues alégrese de haber venido. Vamos a celebrarlo.

Sacó una botella de cerveza de las pocas que había encontrado, y le dijo mientras llenaba el vaso:

—Todo está en desorden... Perdóneme, pero no le esperaba. Me alegro, no obstante, poder beber con usted... Es la primera vez que lo hacemos.

Stewenson seguía mirándole rencorosamente. No comprendía cómo aquel hombre sabía fingir tan ad-

mirablemente y, al fin, con la misma sobriedad de siempre, le dijo:

—No vendrán refuerzos hasta dentro de ocho días.

—¡Ocho días!—exclamó desalentado Andrews—. Podrían mandar aviones con víveres.

—No, los hay. Los aviones están en Palestina con Allenby y pronto no habrá ni carros artillados.

Andrews, que no era un hombre que se apurase por ninguna situación difícil, exclamó:

—¡Bonita situación y bonito porvenir!

—Viene una columna de auxilio por Pomana, por la selva—siguió diciendo Stewenson, quien antes de entrar en materia del asunto que lo llevaba, quería anticipar el servicio.

—Bueno—exclamó Andrews encogiéndose de hombros—. Ya veremos cómo nos arreglamos hasta entonces.

Le entregó el vaso a Stewenson y le dijo:

—Bebamos. No se diga que un Smith ha rehusado beber.

—¿Sigue llamándome Smith?—preguntó con ironía Stewenson.

—Claro que sí—respondió extrañado de aquella pregunta—. ¿No se llama así?

Stewenson movió negativamente la cabeza y le respondió:

—Me llamo Stewenson... ¿No le dice nada este nombre?

—No... ¿Por qué?—le preguntó Andrews.

—Quizá este otro nombre le dirá algo... Hayden... Rosa María Hayden.

Andrews, al oír el nombre de la mujer amada, se acercó a Stewenson y le preguntó con interés:

—¿Qué sabe usted de ella?

—Sólo sé una cosa—replicó parsimoniosamente el agente secreto.—Que es mi esposa.

Andrews no pudo ocultar la sor-

presa que le causaba aquella noticia. Se quedó mirando a su amigo sin saber decir otra cosa que preguntar:

—¿Su esposa?

—Sí—le dijo Stewenson.— Voy a matarlo.

Al mismo tiempo sacó la pistola para disparar sobre Andrews, pero inmediatamente sonó una descarga y se presentó un sargento diciendo:

—Vuelven a atacarnos.

—¡Todos a sus puestos!—ordenó Andrews sin preocuparse nada más que de cumplir con su obligación como jefe del puesto.

LA BATALLA

El ataque de los indígenas fué enorme. Se advirtió en ellos el deseo de penetrar nuevamente al fuerte; pero la resistencia de los que se hallaban dentro fué tal, que hubieron a las pocas horas, dejando en el campo buen número de bajas.

Empezaba a anochecer, y los indígenas decidieron abandonar su ataque para probar fortuna al día siguiente. Sin duda los del fuerte se confiarían más y entonces podría tener más resultado el ataque.

No obstante, Andrews adivinó la estratagema de los que atacaban y ordenó al sargento:

—Que nadie abandone su puesto. Volverán a atacarnos al amanecer. Los indígenas no son partidarios de luchar de noche.

Y tal como lo había previsto sucedió. El ataque se repitió a las primeras horas de la madrugada, sin que durante las horas que medió de uno a otro ni Stewenson ni el oficial se dirigieran la palabra. Uno y otro reconocían que no eran aquellos los momentos de resolver sus asuntos personales, puesto que había algo más importante que solventar.

El ataque del día siguiente fue mucho más fuerte que el anterior. Los indígenas se lanzaron al asalto del fuerte como una tromba, pero las ametralladoras y la fusilería les hizo morder el polvo a los que, más atrevidos, se acercaron al fuerte.

—Esto es un levantamiento en forma—dijo Andrews al advertir el

Impetu del ataque. Hay por lo menos diez mil indígenas.

Stewenson se hallaba disparando con una ametralladora, siguiendo las órdenes de Andrews. En aquellos momentos el oficial no era su rival, era tan solamente el jefe de la posición y Stewenson se sometía a sus órdenes como buen subordinado. Antes que nada había que salvar el fuerte, y luego ya vendría su venganza.

Por fin el ataque decreció en dureza y a medida que el día iba extinguiéndose, aquél se hacía menor. Al llegar la noche, los indígenas, rechazados valerosamente por el pequeño destacamento, desistieron de su ataque, y Andrews llamó a Stewenson y le dijo:

—Tengo que mandarle oficialmente. Ya ha visto usted el número tan crecido de indígenas que nos han atacado. Nuestra columna de auxilio caerá en una trampa. Nuestra misión es bien clara.

Stewenson no pronunció palabra, esperaba tranquilamente la decisión del mando y éste siguió diciéndole:

—Hay que abandonar el fuerte. Nos deslizaremos por su espalda antes del amanecer y marcharemos con dirección a la selva. Tenemos que detener a la columna.

—Es peligroso eso que usted

propone — se limitó a responder Stewenson.

—Lo sé — respondió serenamente Andrews —. Ya sé que nos jugamos la vida, pero debemos hacerlo. Procuraremos detener la columna; si no lo conseguimos, por lo menos lo habremos intentado.

—Conforme — replicó Stewenson.

Inmediatamente, Andrews reunió a sus fuerzas y les comunicó lo que pensaba hacer. Ni uno solo de los soldados se opuso a correr el riesgo de su vida con tal de poder salvar la de los que componían la columna que venía en auxilio de ellos.

Resuelto esto, esperaron a que las sombras de la noche fueran completas, y una vez que la obscuridad fué absoluta, se deslizaron por la parte opuesta del muro, llevando consigo una ametralladora y bastantes municiones.

Comenzó la marcha a campo traviesa, y al empezar a despuntar el día se encontraron cerca de la selva que procedía a unos inmensos arenales, que era por donde debía llegar la columna de auxilio.

—Dentro de una hora estaremos en la espesura del bosque — dijo Andrews.

Al cabo de este tiempo se internaron en el bosque y comenzaron a cruzarlo.

Pero, entretanto, los indígenas que habían atacado el fuerte y que habían entrado en él sin ver la guarnición, siguieron sus huellas y los siguieron, adelantándose terreno hacia el mismo bosque donde estaba el pequeño destacamento. No tardaron en dar con ellos e intentaron detenerlos con un impetuoso ataque. También fueron rechazados debidamente y entonces los indígenas idearon un plan terrible. Para evitar que se les pudiesen escapar, prendieron fuego al bosque, dejándoles una sola salida para poder fusilarlos a mansalva. Al darse cuenta Andrews de lo que habían hecho, se dió perfecta idea del peligro que corrían y ordenó la salida antes de que fuera demasiado tarde. Mas era imposible cumplir aquella orden. Todo el bosque era una inmensa hoguera y corrían el peligro de morir carbonizados. Resistieron fuertemente, pero la superioridad numérica de los atacantes y su privilegiada situación dieron como resultado el aniquilamiento del destacamento. Los únicos que pudieron huir fueron Andrews y Stewenson. Estos, una vez que consiguieron salir del bosque, se dirigieron hacia los arenales con el firme propósito de avisar a la columna.

Llevaban cerca de cinco horas andando por las cálidas arenas de

aquel desierto sin decirse una sola palabra. Stewenson, en quien la idea de vengarse no había disminuido un átomo, le dijo al fin:

—Cuando hayamos salvado a la columna, liquidaremos nuestra cuenta.

Andrews no quiso ni responderle. Le parecía mentira que en aquella situación todavía pensase aquel hombre en la venganza, venganza que por otra parte él no tenía culpa alguna.

Siguieron el penoso camino que habían emprendido. La sed comenzaba a atormentarlos cruelmente cuando creyeron oír pasos de la caballería enemiga. Volvieron la cabeza y con gran asombro vieron que eran los indígenas que los habían seguido y que se disponían a atacarlos. Ya comenzaban a tirar sobre ellos, cuando consiguieron tirarse tras una pequeña loma que formaban los arenales y desde allí intentaron detenerlos.

—La columna avanza por el otro lado de la colina—le dijo Andrews.—Si no la detenemos la aniquilarán. Uno de los dos tiene que arriesgarse a cruzar este pequeño desierto.

—Yo mismo iré—se prestó Stewenson.

Le entregó la pistola para que Andrews pudiera resistir más tiem-

po y le dió también cuantas municiones tenía, diciéndole:

—Usted resista aquí todo lo que pueda. Mientras más tiempo me dé, será mejor. De esa forma tal vez pueda llegar a divisar la columna y notificarle lo que pasa.

—Marchese tranquilo que procuraré mantenerlos a raya—le respondió Andrews.

Antes de que se marchase Stewenson, Andrews quiso reconciliarse con él en aquellos momentos supremos en que la muerte les amenazaba, y le dijo:

—¿Nos separamos enemigos?

—La culpa es suya—le respondió Stewenson.

—Le he dicho la verdad y se lo repito, Stewenson. Ignoraba que fuese su esposa. ¿Cree usted que es este un momento para querer engañarle? Sus temores son infundados. Yo no sabía que Smith y Stewenson fuesen la misma persona. Deseo que me crea, porque quiero ser su amigo.

A pesar de aquellas palabras, Stewenson permaneció impasible. Era tan grande el amor que profesaba a su esposa, como el odio que sentía por el oficial. Ya no era sola-

mente el rencor de creerlo su rival, era el despecho de ver que él había podido conseguir el amor de Rosa María, mientras que él, que era su esposo, no había podido conquistar el amor de aquella mujer.

Andrews le vió marchar y sintió una íntima inquietud. Le afectaba que aquel hombre a quien le debía la vida, pudiera creerlo un desleal a la amistad. Pero de estas reflexiones lo sacaron pronto los indígenas con sus disparos. Andrews se apostó convenientemente detrás de aquel montículo de arena y desde allí, cada vez que un indígena intentaba acercarse, hacía fuego sobre él dejándole en el camino.

Transcurrían las horas con una lentitud desesperante para el oficial que preveía que su último momento no podía tardar. El enemigo se le vendría encima en cuanto se diera cuenta de que estaba solo. Tan solamente una satisfacción le quedaba en aquellos instantes, y era la convicción de haber cumplido con su deber. Moriría irremisiblemente, pero su nombre no sería tildado de cobarde y Rosa María podría estar orgullosa del hombre en quien había depositado su amor.

LOS ULTIMOS MOMENTOS

MIENTRAS tanto Stewenson seguía el camino por donde venía la columna. La marcha era forzosamente lenta, puesto que la arena hacía que sus pies se hundiesen y no pudiese adelantar como correspondía al esfuerzo que hacía. El polvillo arenoso que levantaba al andar se le metía dentro de la garganta, produciéndole una sed insufrible. Mas para aquel hombre acostumbrado a los más peligrosos riesgos, no tenían importancia todos aquellos inconvenientes y seguía su camino como si de él no dependiese la vida de unos centenares de seres.

Pensaba mientras iba caminando en Rosa María y en Andrews. Ahora sentía el remordimiento de haberse separado del oficial sin haberle dado

crédito a sus palabras. Pensando detenidamente sus palabras, se daba cuenta de que Andrews no tenía la culpa de cuanto había ocurrido entre él y su esposa. La culpa era de sí mismo por no haberle dado su verdadero nombre. ¿Acaso podía imaginar Andrews que Smith y Stewenson fuesen una misma persona? En su ignorancia no había cometido ningún daño ni ninguna deslealtad. Estaba seguro de que de haberlo sabido, el oficial hubiera procedido de otro modo. Y era en aquellos últimos momentos de angustias, de decisiva solución para sus vidas, cuando el agente secreto se daba cuenta de haber procedido con excesiva crueldad contra quien culpa alguna no tenía.

Por fin, a lo lejos vió un grupo

de jinetes, empujados por la distancia que los separaba. No había duda de que aquellos jinetes eran los que componían la columna que llegaba en auxilio de los que estaban en el fuerte. Al verlos sintió renacer otra vez la esperanza. Pero no era una esperanza por salvar su vida, sino el poder salvar la columna. Corrió hacia ellos, haciéndoles señas, y al fin fué divisado por el jefe de las fuerzas que ordenó que estas se detuviesen, al mismo tiempo que una patrulla se acercaba adonde estaba Stewenson.

Este montó sobre uno de los caballos de los que habían llegado y corrió hacia el grueso de la columna para decirle al jefe de ella:

—El destacamento del fuerte ha sido aniquilado.

—¿No ha podido resistir el ataque?—preguntó el jefe.

—Hemos tenido que salir de allí para evitar que esta columna cayera en una emboscada. Todos se han batido como valientes, pero han muerto.

El jefe de la columna iba a dar la orden de marcha cuando Stewenson le dijo:

—Los indígenas siguen atacando y vendrán hacia aquí.

Aquella advertencia hizo cambiar de idea al jefe, que dijo:

—Pues entonces seremos nos-

otros los que les atacaremos. ¿Hacia dónde están?

Stewenson les indicó el lugar adonde había dejado a Andrews y volvió a decirle:

—El oficial Andrews se halla solo y procura mantenerlos para que no adelanten hacia aquí. Creo imposible que haya conseguido lo que nos proponíamos. El enemigo es mucho mayor y cuando se haya dado cuenta de su supremacía se arrojarán sobre él.

La columna se puso en marcha inmediatamente, y al cabo de dos horas se encontraron con los indígenas. La aparición de la columna produjo en los atacantes tal desconcierto, que apenas si opusieron una gran resistencia, pero la poca que hicieron fué suficiente para que una bala hiriese de muerte a Stewenson, que rodó del caballo que montaba.

Andrews lo vió y corrió a prestarle auxilio. Había olvidado todo lo que entre ellos ocurría y sólo pensó en la deuda sagrada que con él tenía.

Intentó cogerlo en sus brazos, mientras decía emocionado:

—Smith... Valiente Smith... ¡Ánimo!

Este movió negativamente la cabeza, sonrió al oficial y estrechándole cariñosamente la mano con las escasas fuerzas que aun tenía, le respondió:

LA ÚLTIMA AVANZADA

—Amigo Andrews... Es inútil todo. Vale más así... Merecéis ser felices.

Y con la mano de Andrews entre las suyas, el valiente Smith, el que nunca retrocedió ante ningún peligro, dejó de existir, haciendo posible la unión de Rosa María y el oficial.

En el mismo lugar se dio sepultura al agente del servicio secreto; y fué el mismo Andrews quien caritativamente colocó una cruz hecha con dos troncos de ramas de árbol.

Tan afectado estaba que el jefe de la columna le dijo:

—Ya veo que eran ustedes grandes amigos.

—Le debía la vida — respondió Andrews.

Un toque de corneta dió la señal de partida y la columna se dirigió a El Cairo nuevamente. Allí quedaba el cuerpo de un valiente; mientras que el corazón de Andrews iba en busca de la mujer a quien tanto adoraba.

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la Haza	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Marguerite Gautier	Greta Garbo
El bailarín pirata	Robert Taylor
Mamá no crea	Charles Collins
Maria Estuardo	Lil Dagover
Melodía de Broadway	K. Hepburn
Las dos niñas	Robert Taylor
Apuesta de amor	Jacques Teyll
La noche de Arden	Conrad Raymond
Lupin	Warren William
Fuera de hombres	Mickey Rooney
Mécher Pieramonte	Cino Cervi
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Una pareja invisible	C. Bennett
La mujer sin alma	C. Grant
El domador verde	John Boles
Damas del teatro	Carrielle Darluc
El detective y su cámara	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Los defensores del crimen	Fred Astaire
Una aventura de la Pampa	Richard Dix
El poder invisible	Kate de Nagl
Melodía roja	Boris Karloff
Titanes del mar	Willis Birgel
Las vacaciones del juez Harney	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Mickey Rooney
Maria Ilona	Ann Sothern
Posada Jamaica	Paula Wessely
El caso Vare	Charles Laughton
Pygmalion	Clive Brook
La quimera de Hollywood	Leslie Howard
Alarma en el expreso	Nino Martini
Los tres vagabundos	M. Reedgrave
	Heinz Rühman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al élan	Miguel Ligero
La Perra	Maruja Tomás
La Petrona	Juan Monfort
Verbená	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	María Arles
Alcancón madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Bayler
La canción de Alas	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Eran tres hermanas	Luisa Cargallo
¡Gehemís!	Emilia Aliaga
Dos Floripondia	Valeriano León
Melodía de arrabal	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardel
Los hijos de la noche	Lucy Soto
Leyenda roja	Miguel Ligero
El crimen de medianoche	Juan de Orduña
Martingala	Ramón Pereda
Rápido usted	Niño Marchena
Un día tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Sentmenat
¡Al-Al!	Meruthi Fresno
¿Quién me compra un flor?	Inés de Val
La alegría de la huerta	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Flova Santacruz
Alas de paz	Maruja Gámez
	Lois de Valois

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Hudgrave
El sobre isradí	L. Cargallo
Carmen, la de Triana	I. Argentina
La Doloresa	Rosita Díaz
La Millón	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barghon
Molinos de viento	Pedro Teril
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligero
Estrellita Castro	Shirley Temple
Alfredo Mayo	Melvin Douglas
Manuel Luro	Antonio Vico

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS»

Apartado 707.

BARCELONA

CANCIONERO POPULAR

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

TANGOS ARGENTINOS

Imperio Argentina Carlos Gardel
Agustín Irusta Luis Mandarian

CANCIONES DE PELÍCULAS

Imperio Argentina (Alca)
Imperio Argentina (Cavero)
Estrellita Castro (Varlas)

TONADILLERAS

Raquel Meller Estrellita Castro
Lola Cabello Conchita Figner

CANZONETISTAS

Pitullito Enriqueta de Arco Coyita
Amalia Moliné Teresa Manzana
Mencoditas Lotru

AUTORES

Raffles

CANCIONES DE JAZZ-HOT

Tina Rossi Manuel Cossabo
Nita Casanova E. Rodó-Mur

CANTAORES GITANOS

Pepa Ballastares Nancy Mico

IMITADORES DE ESTRELLAS

Dorkas

CANTE FLAMENCO

Niña de los Peñes Niño de Utrera
Copero de Tolosa Niño de Marchena
Manolo Constantino El Sevillano
Niña de Linares Juanita Valderrama
Rosa de Andalucía El Argentino

EXCENTRICOS

Alady Rafael Arcos

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS

75 cts.

JAZZ HOT ÉXITOS DEL CINE AMERICANO LA COPLA ANDALUZA

CANCIONERO VII ÉPOCA

Luisa Esteso

1'25 pfas.

Número extraordinario: Una pta.

Los éxitos del jazz

Ritmos del jazz

Tangos: I. Argentina - Carlos Gardel

Las melodías de moda

200 coplas de canto flamenco

Jazz-Hot (Ramón Exaristul)

R. Medina

Jazz y canciones de moda

Musa cubana (Machini)

Éxitos del momento (Jazz)

Jazz-Hot (Trudi Bora)

Jazz-Hot (Luis Onque)

Jazz-Hot (Jaime Planas)

Orquesta Plantación

NUESTRO TEATRO

NÚMEROS PUBLICADOS:

2 pfas.

LOS INTERESES CREADOS

J. Benavente

LA TABERNERA DEL PUEBLO

F. Romero y G. Fernández Shaw

MARÍA DE LA O

Rafael de León

LUISA FERNANDA

F. Romero y G. Fernández Shaw

ROMANCE DE LOLA MONTES

L. F. Ardevín

EL DIFUNTO ES UN VIVO

Prada e Iguino

LOS CLAVELES

Carreño y Sevilla

MORENA CLARA

Quintero y Guillén

LA DEL MANOJO DE ROSAS

Ramos de Castro y A. Carreño

LA MALQUERIDA

J. Benavente

SOL Y SOMBRA

Quintero y Guillén

MOLINOS DE VIENTO

L. Pascual Frutos

LA CANCIÓN DEL OLVIDO

F. Romero y G. F. Shaw

LA DEL SOTO DEL PARRAL

Carreño y Sevilla

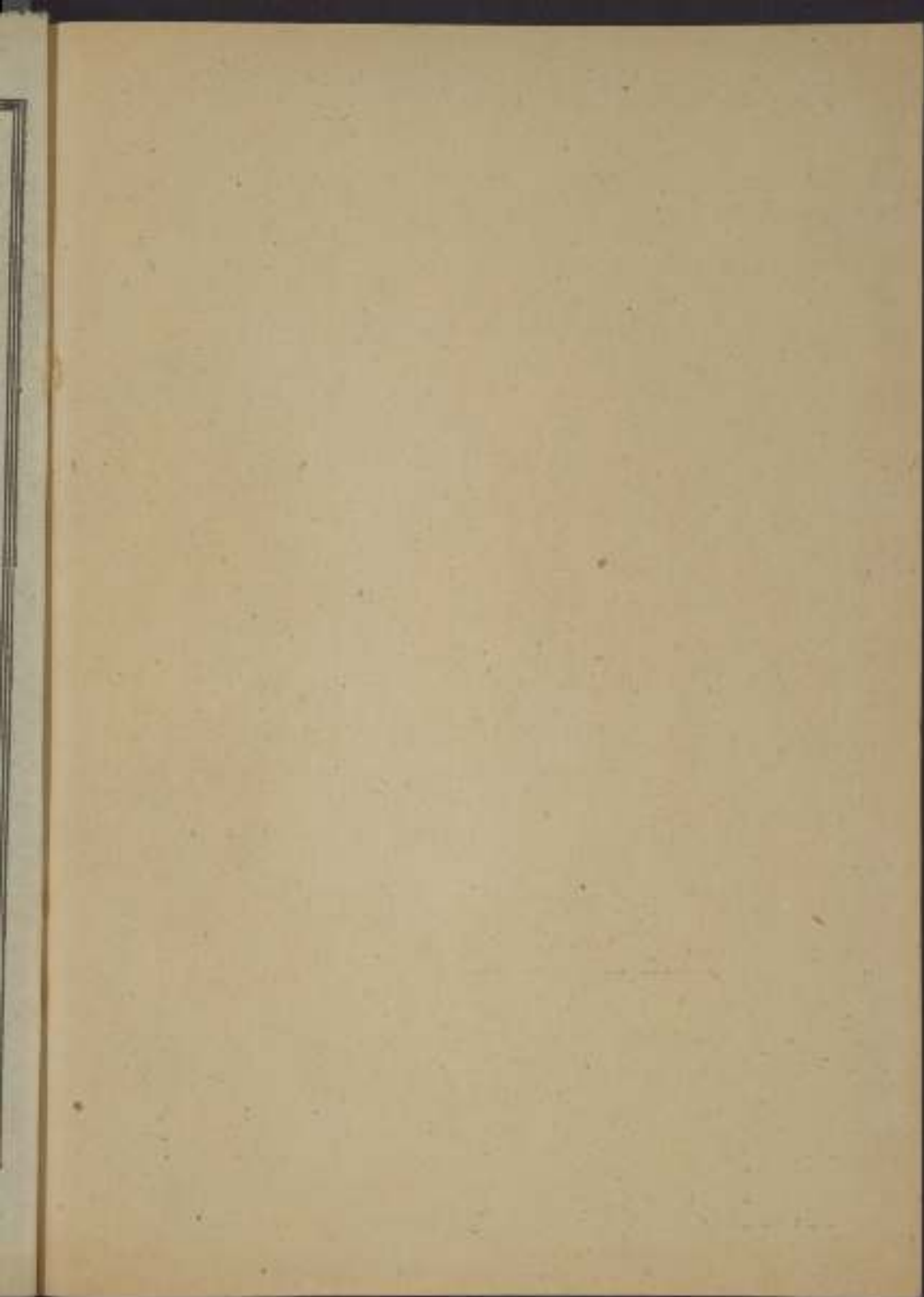
LAS GALATRASAS

F. Romero y J. Tellarico

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Recuerde este título
JARDIN
& **PAPEL**





CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(VII EPOCA)

LOS MAS EMINENTES ARTISTAS
LOS MAS CELEBRADOS AUTORES
LOS MAS GRANDES EXITOS

Precio: 2'50 pts.



CELEBRIDADES
DEL CANCIONERO
6 de mayo de 1924
RAMPER



CANCIONERO
POPULAR
30 octubre de 1931
Carlos Gardel

PEDIDOS:
EDITORIAL "ALAS" :: Apartado 707 :: BARCELONA